CENTAURO

33-M

7150

Sol Negrito apuntado por las madreselvas

La lentísima onda terrestre que generaron las mulas con [illegible] por de sus patas al entrar en Marcos Altos aquella madrugada, pasó debajo del Cañón de los Astrónomos sin dejar huella en los sismógrafos y llegó a las orejas del pavo del [illegible], que dormía junto a unos zapatones rellenos de esos papeles aprotejados que [illegible] el tiempo de la ausencia. Cuando recomenzó el paso [illegible] de Cabeolio, le paró las orejas, y salió corriendo [illegible] [illegible], y enseguida se encontró con el intenso olor a Sam, que venía del [illegible]. Como el olor no venía por el camino, siguiéndolo se metió entre los [illegible] [illegible] piedras apiladas y [brincando] entre las [illegible] se encontró con lo que buscaba: gustó salía [illegible] y [illegible] [illegible] en la totalidad de su cabeza [el color de] [illegible] [illegible] de [illegible].

Sam se [illegible] junto al Cañón, donde los astrónomos [illegible] sobre los contenidos del cometa que la mayoría de ellos verían por primera vez. Sin hacer ruido que mis hermanas duermen, dijo D.C. al [illegible] cuando desplegaban las patas del trípode junto a la galería de columnas con madreselva, [illegible] el casorio como quien [illegible] el contenido de una olla, y el [illegible], con su [illegible] [illegible] desde el [illegible] hasta [illegible] [illegible], ocupó su lugar junto al centro del [illegible]. Las hermanas de D.C. aparecieron vestidas y pintadas con [illegible] de tambor cada una; [illegible] el piano, y allí estaban las gemelas tirando a [illegible] [illegible] cuando [el borde] de [illegible] [illegible], [illegible] las [illegible] de un lazo de [illegible] [illegible], [illegible] de [illegible] con los dedos. Las gemelas más pálidas [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] en [illegible] [illegible] [illegible] [illegible], [illegible] que [illegible] [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible] a [illegible], para [illegible] las [illegible] que [illegible] las [illegible] con el [illegible] [illegible]. Las [illegible], le dijo el [illegible], lo que más se [illegible] [illegible] aquí son [illegible], todo el mundo está [illegible] [illegible] [illegible] abajo soltó el lazo de [illegible], dejándolas que [illegible] [illegible] [illegible] en la [illegible], y [illegible] el [illegible] de su [illegible]

18-8-86

El Negrito apuntado por las madreselvas

La levísima onda terrestre que generaron las mulas con los golpes de sus patas al entrar en Minas Altas aquella madrugada, pasó debajo del Peñón de los Astrónomos sin dejar huella en los sismógrafos y llegó a las orejas del perro del I, que dormía junto a unos zapatones rellenos de esos papeles apretujados que disimulan el tiempo de la ausencia. Cuando reconoció el paso díscolo de Capulí, U paró las orejas, salió corriendo calle-río arriba; y enseguida se encontró con el intenso olor a Sur que venía del mulero. Como el olor no venía por el camino, siguiéndolo se metió entre los peñascos rozando piedras afiladas y brincando entre las rocas se encontró con lo que buscaba, saltó sobre Umbría y sintió en la totalidad de su cabeza el calor de la media mano de I.

Zan se descolgó junto al Peñón, donde los astrónomos discutían sobre los contenidos del cometa que la mayoría de ellos veían por primera vez. Sin hacer ruido que mis hermanas duermen, dijo D.C. al mulero cuando desplegaban las patas del trípode junto a la galería de columnas con madreselva. Inclinaron el caserón como quien vierte el contenido de una olla, y el meteorófono, con su verticalidad intacta desde el mar hasta allí, ocupó su lugar junto al cántaro del agua. Las hermanas de D.C. aparecieron vestidas y pintadas, con dos golpeadores de tambor cada una; destaparon el piano, y allí estaban las gemelas tocando a cuatro palos cuando I desde el borde de la calle, sosteniendo las riendas de un haz de ocho mulas, les gritó se toca con los dedos. Las gemelas eran pálidas, y con esas man-
19-8-86 chas de colorete en las mejillas parecían margaritas. I tuvo que hacer callar a U, que quería llevarlo pronto a casa, para escuchar las maravillas que hacían las margaritas con el instrumento nuevo. Con razón, se dijo el mulero, lo que más se escucha últimamente aquí son dúos, todo el mundo está componiendo para ellas. Calle abajo soltó el haz de mulas, dejándolas que fueran solas a beber en la vertiente, y tomó el camino de su casa para

darle otra vez aspecto ~~forma~~ humana a su ropa vacía en el ropero, quitar los papeles apretujados que había dentro de sus zapatones debajo de la cama para que no se encorvasen con su ausencia, devolviéndoles la forma de sus pies vivientes.

El día que Minas Altas amaneció con piano se alteraron sus ritmos habituales: hubo que establecer turnos ~~horarios~~ de visita para evitar esperas y aglomeraciones. Las ancianas empolvadas y los viejos de bastón desfilaron hasta el mediodía ~~toda la mañana~~ mirando ese instrumento aparecido esa mañana, cubierto de rocío como un campo, ~~en la galería~~ tocando sus teclas el que quisiera, acariciando sus patas lustradas, viéndose reflejados ~~como en espejo~~ en el brillo increíble de su ala abierta, asomándose al interior a ver su arpa dorada, el complicado mecanismo de apagadores y martillos suavísimos.

Luego llegaron los niños con sus maestros, que por no tener bibliografía adecuada sobre el tema inventaban historias fantásticas, donde el piano era una especie de tesoro en una isla a descubrir, con viajes por el mar enfrentando a los piratas y exploraciones por selvas impenetradas ~~donde nunca~~ poco llegó el sol ~~de tan tupida que era su vegetación~~, largos ríos navegables pero con cascadas imprevistas, recorridos por un intrépido grupo de muleros de Minas Altas que finalmente lo descubrían como si fuese América. Los astrónomos, no pudiendo perder un solo minuto del paso del cometa, enviaron un delegado Los niños lo dibujaron en sus pizarras con tizas de color, agregando detalles propios a la imaginación de los maestros. que trajo un plano del meteorófano por dentro y fuera, estudió las relaciones de sus sonidos y su campo acústico, y escuchó gravemente una pequeña improvisación de las margaritas, que habían suavizado las puntas de sus palos golpeadores con unos fieltros como el que tenían los martillos del ~~piano~~ instrumento. Los músicos, que estaban terminando la construcción de su propio meteorófano, desfilaron observando al piano con el respeto debido a un nuevo habitante que acaba de llegar y establecerse. ~~Y~~ recomendaron a las margaritas renunciar a sus palos utilizando los dedos como golpeadores. Es como tocarlo con diez palos en vez de dos, comen-

tó un arpista, pero ve en qué manera más retorcida de complicar un arpa. Más que el piano les interesó el artefacto de Jotageta, que luego emparcharon convirtiéndolo en un timbal que hacía tiritar la tierra cada vez que intervenía en los conciertos de los jueves y domingos.

Enebé y Jotageta hicieron una breve visita al piano, solamente por cumplir y sin asombro, tres meses después. A Jotageta le había entrado una tristeza dura, de la que Enebé estaba contagiada como si fuera sarampión. Entraron tosiendo, excesivamente abrigados, sonriéndose apenas, y pálidamente, frente al prodigio acústico. Como enfermos que sacan de la cama y llevan al jardín a ver que empieza la primavera pero sin desabrigarse, el astrónomo frustrado y su hija melancólica se paseaban débilmente por la galería mezclando sus palideces a la del sol de la media mañana, incapaz de evaporar el rocío disperso ya entre los brillos del instrumento. El ex enlazador ni siquiera se emocionó cuando vio su sueño concretado, ya timbal junto al cántaro; soltó una falsa tos de salón tapándose la boca, era su comentario. Y rechazaron la infusión que trajeron las margaritas, dijeron no con unos índices discretos y como amojosados por el encierro. El no de los dedos pasó luego a sus cabezas abrumadas cuando las gemelas ofrecieron tocar, ya con las manos, las escalas que estaban practicando. Con las infusiones helándose en la bandeja y sus manos fuera de las teclas, las margaritas veían alejarse calle abajo al abuelo con sarampión, ~~Jotageta~~, seguido por la hermosura como griposa de la Enebé que acababa de ordenarle a Uve la suspensión de la costura.

El grumete y sus hermanas gemelas, por su corta edad y por ser hijos de padres desaparecidos, habían vivido hasta entonces rotando por distintas casas y distintos padres, sin abandonar el sector de los músicos. Esto les permitió, además de crecer, la práctica de aerófonos, cordófonos y demás ramas de instrumentos; la suma de casas y de padres nuevos significó para ellos la asistencia a un casi infinito conservatorio. Cuando se adjudicó a los músicos la tenencia del piano hasta el regreso del cantor, los jóvenes virtuosos ofrecieron para guardarlo la deshabitada casa de sus padres desconocidos. La madrugada que llegó el piano ~~fueron~~ las gemelas fueron a dor-

mir allí para esperarlo. Pero claro, con ese instrumento la casa ahora parecía habitada. En cuanto comenzaron a ~~practicando~~ ~~y a~~ familiarizarse con su presencia de caballo nocturno, resolvieron quedarse allí una temporada, convirtiendo al meteorófono en una especie de papá de tránsito.

Con la llegada de los deshielos del verano, el Negrito, como lo llamaban las gemelas, [y luego todo el pueblo,] estaba perfectamente integrado a Minas Altas, ocupaba un pequeño espacio oscuro en la memoria de cada uno de los [convocado ei ~~[illegible]~~ido] (1) habitantes; recorría las conversaciones en forma de palabra, y en los juegos infantiles, formaba parte de recuerdos y deseos, aparecía en sueños. El cántaro blanco, tantos años solitario en esa galería, volvió a transudar agua de la vertiente, y se le descubrió su hermosura de barro pintado, por [inducido por...] ~~contrastes y tensiones con el~~ por donde se entrecruzaban los contrastes y tensiones entre los brillos ariscos del piano y la opacidad embetunada del timbal [de jotazeta,] que tenía a sus lados. A la siesta, las gemelas colgaban el toldo hecho con la funda y la lona amarilla, y entonces los reflejos del sol filtrados en la amarillez apenumbraban el cántaro, que en esa situación y junto a esos acompañantes casi parecía un instrumento.

Y era hermoso despertarse cada mañana en el nuevo hogar, decían las gemelas, y ver cómo un par de guías de la madreselva, desprendidas de la columna, no teniendo donde enredarse, curvaban su crecimiento apuntando [hacia el] al entramado de las cuerdas del arpa del Negrito.

Jotazeta despertó del sueño ~~[illegible]~~ reiterativo en el que el joven puma se resbalaba siempre de su lazo para ir a morir aplastado entre las piedras y los troncos de la cascada donde se volcaba la creciente. En sus variantes, el sueño cruel vinculaba al puma albino con el cantor ausente, haciendo vacilar su viejo corazón.

Despertó y vio que toda la casa, vacía desde la sus-

ojo, aquí se menciona el camino; luego S. Z. es más o menos contemporáneo de Fábulo, y el cantor y Eusebé; es decir, todo se acerca a la transmutación, que no está resuelta. Ver.

pensión de la costura, era un espacio más para su tristeza. La veía deslizarse por la mesa vacía de telas y puntillas, trepar y bajar por los bordes de las sillas donde no colgaban manteles ni sábanas bordadas, saturar con su insoportable terquedad la habitación donde Eusebé, aún despierta, hacía girar inútilmente el botón de la radio que le dejó Uve, buscando ruidos que la conectasen con ciudades distantes transitadas por Uve, consiguiendo captar únicamente, en cada punto propicio, unas largas respiraciones que eran formas de silencio. Buscó una palabra para dársela en sustitución. No la encontró. No la ~~tengo~~ había. Vio que su hija era frágil y pequeña. Salió a mirar la noche; vio que era enorme y voraz.

~~La traje al mundo para que viviera, pero le he contagiado mi tristeza. Al mundo no; a este pudridero.~~ No entiendo al mundo ni me entiendo yo; ~~no sé~~ no puedo; yo no tengo palabras; no hay palabras. No sé quién soy ni de dónde vengo. ~~El pueblo~~. Mis dedos ya son torpes, y más torpe todavía mis pensamientos. Pensamientos no; no entiendo nada. No tengo donde estar y no sé dónde ponerme. No tengo pensamientos. ¿Habré entrado en la vejez? ¿Voy a morirme una de estas noches? Aquí venimos a morir, y lo olvidamos trenzando lazos, combinando ruidos, escudriñando las estrellas. Las gemelas y su hermano hacen música, y sus padres desaparecieron. Ni siquiera sabemos cómo los asesinaron, ni dónde. La gente olvida las matanzas, las viejas coleccionan pelos ~~de ...~~ y ropa de muertos en sus cofres. ¿A dónde iremos cuando terminen el camino y lleguen aquí a devorarnos sus cuchillos otra vez como en sembreras? con sus fusiles? ¿Cuántos moriremos? ¿Cuándo? ~~[illegible]~~ ¿Y por qué no nos salvan las estrellas? ~~No fui músico ni astrónomo. Ni siquiera enlazador.~~ El pueblo. Vivo fuera de la ~~consonancia. Estoy desafinado. Un viejo que va a morir piensa por mí; me tiene bloqueado. ¿Cuántos años hace que estoy solo? Y cuando no estaba solo no entendí el no estar solo. No me dejó ilusionar por el amor, que no existe. Eusebé cree, pobrecita. El cantor no volverá. Volvería si yo fuese hubiese sido capaz de pensar aquel puente. Me voy a ir del mundo sin haber gozado una pequeña cuota de felicidad.~~ Vas a ser polvo, fotógrafa, y polvo triste.

Y si hay otra vida después de ésta, allá irán los asesinos a bus-
carnos. Construirán, para llegar, un camino más allá de la
muerte. Y otra vez nos clavarán sus cuchillos, como en Lum-
breras, donde me engendraron unos padres desconocidos, como a Eme
Calderón, como a tantos de los que hemos venido a morir en este
paridero. Emebé; ay, hijita. Todo es absurdo, y más lejos hay una
fiesta; de ruidos horribles, ~~caj~~ carcajadas hirientes, borracheras; en el salón
hay luces, música, mujeres, y al lado la cocina está llena de
muertos; entra un borracho buscando más alcohol; ve degollados
en las sillas, colgando como trapos, platos con sangre, ojos reven-
tados; pero la mano busca cuidadosamente la botella y se sirve;
mira los muertos con ojos apenas inquietos y tastabillando entre
los cuerpos vuelve a las luces de la fiesta. Sabe que está en un
degolladero, pero es fuerte y lo comprende. Hijita mía. Y qué
pasó cuando salí a buscar Lumbreras. Los caminos ya no te-
nían nombre. Las ciudades habían cambiado de sitio. Claro
que renegué de mis padres cuando renuncié a buscarlos y los cam-
bié por unas fotografías, que no les corresponden, que estoy seguro es la de sus asesinos.
Ahora hace muchos años que ando dando vueltas por el mundo.
Por el mundo no, no lo conozco; por la vida. Dando vueltas sin
sentido en su sin sentido. Y estoy diciendo todo esto para evitar
la certeza o el deseo de morirme. ¿Dije por la vida? Tampoco la
conozco. Anduve por su alrededor. Estoy triste de tristeza de morirme.
Me gustaría que me comieran los cóndores. Volar con ellos. Desde
la altura ver los pasos sigilosos de los pumas albinos, esos ma-
ravillosos sueños de la vida. Protegerlos para que no murieran. Qué
dejo. Unos lazos, un puma que se me escapó ~~del lazo~~, un
puente inacabado, una balsa para el piano que me regala-
ron los sueños porque fui incapaz de hacerla; dejo también un
cielo que intenté escudriñar y no pude comprender. El mundo
es de la gente fuerte. Los débiles soñamos o morimos. Tampoco
quiero el mundo, no aspiro a poseer ni la más mínima parcela
de lo absurdo. Y lo peor de lo absurdo es su falacia: se dis-
fraza de verdad, te envuelve en unos sonidos turbadores. Matarán

al cantor; dirán que su búsqueda y su canto son objeto de la guerra. Tengo unas manos horribles, aunque esta oscuridad las disimule. No quiero que nadie tenga mi cuerpo. En pocos días más estará aquí la creciente. ~~que me llevará lejos~~. Hijita. El

[illegible] 8.6 cazador y el cóndor que va a morir en sus manos alteran el equilibrio de vivir; y lo hacen silenciosamente, no hay palabras para lo absurdo. No hay palabras para la muerte. El paridero sanguinario. Morimos sin que nos recoja una memoria. Vamos desnudos de nosotros mismos en el aire y en el tiempo. Nos prestan vivir, ~~y la vida es un~~ degolladero. Parir y degollar, después el olvido. Hemos construido este pueblo para vivir; y qué hemos conseguido: cambiar unas piedras de lugar. Las ciudades del mundo son nada más que piedras que van cambiando de ~~lugar~~. sitio para albergar ilusiones que luego desaparecen. Los que nos matan, en realidad ~~qué matan; nada~~; apenas deshacen una trama y un puñadito de sangre, un momento breve de placer.

Y qué solos estamos, qué soledad de todos en el mundo. Qué solos los pumas y los cóndores. Millones de años muriendo juntos (hombres y animales) y en silencio. Qué hacen los peces en el mar y las estrellas en el cielo. Y qué nosotros en el medio. Estrellas, dónde está la congruencia, gritó el enlazador.

astros

Hombres y animales muriendo juntos durante millones de años, y en silencio.

Blancuras nupciales desplegadas

A través de su ventana, Uve vio pasar una sábana volando. El viento la llevaba hacia la falda del más áspero de los cerros, lleno de cactos calientes y serpientes frías. ~~Vamos, Evita, ¿Enété se ha vuelto loca?, dijo la costurera~~. Aleteaba como volando por su cuenta y al entrar en los giros por donde la obligaba el viento mostraba y ocultaba en remolinos el embozo bordado con hilos de color, las iniciales de Ene Calderón entrelazadas con las de Enété. Abandonada a las corrientes del aire, orientada hacia las rocas y el espinoso camino de las cabras, iba dejando de ser sábana, convirtiéndose en un trapo violento, en un presagio.

En el breve paso de la sábana por el marco visual de la ventana, Uve vio diluirse en el aire los días dedicados a esa prenda, las delicadas labores del bordado de ñandutí, el discurrido de la plancha sobre la tela humedecida, los dobleces encerrando esas blancuras nupciales desplegadas ahora en el aire estéril lleno de polvo ceniciento. Asomada ~~Asomándose~~ a la ventana, vio allá abajo un brazo de Emebé arrojando desde la suya las prendas del ajuar. Vamos, Eñita; Emebé se ha vuelto loca, dijo la costurera.

La sábana cayó sobre unas breñas todavía accesibles y cuando Eñe la estaba recogiendo vieron pasar muy alto la cosa azul que esas novias deben llevar forzosamente el día de la boda para que haya suerte duradera, un ~~pobre~~ triste trapo sin forma, un pájaro apedreado que desciende era la cosa azul desapareciendo en los ~~breñales~~ cactales de allá arriba.

Eñe recogía manteles ~~p~~ con encaje y pañuelos bordados creyendo que habían tendido a airear aquella ropa; pero cuando vio aparecer en la ventana el brazo de Emebé desprendiendo lo que su madre llamaba el tul ilusión, el velo que el día de la boda protegería el cutis de la novia de las asperezas del aire, tuvo miedo ~~a lo desconocido~~ y sollozó. No llores, hija, dijo Uve; todo se arreglará y será la boda más hermosa; me le han hecho mal a la pobre Emebé; influencias de su padre que anda con la tristeza; la maldita canción que han inventado diciendo que Ene nunca volverá porque tiene un nuevo amor; el tiempo que no para nunca; yo comprendo que quieras tanto a Emebé y llores por ella, pero no llores por favor. Pero Eñe lloraba porque tenía miedo a lo desconocido; para ella lo que salía por esa ventana no era ropa, era violencia.

El polizón salió despedido hacia arriba y al desplegarse quedó convertido en un horrible espantapájaros; raquítico, esquelético, su tono azulino era pura lividez, era mortaja, era recuerdo que se borra, era desilusión, era incertidumbre, era despojo, era un olvido, un papel pisoteado, un niño ciego, una letra ~~azul~~ borrándose en el agua, una postal de amor que nunca llega, una tristeza de lluvia en el atardecer, un velorio de angelito, un lamento que viene del mar, un vuelo de lechuza, una flor aplastada dentro de un libro que al tocarla se deshace, un viento de invierno chirriando en las veletas, un punto luminoso apagándose en el fondo de

26-8-86

la noche. El polizón fue a caer sobre unas piedras inaccesibles, donde quedó encajado, movido a ratos por el viento, a la espera del frío nocturno, del cambio de las estaciones, de las tristes (lluvias) garúas otoñales que alargan las ~~esperas~~ esperas.

A Ure se le saltaron las lágrimas cuando vio salir en una sola manotada el noviazgo de Enebé. Junto a mínimas prendas tejidas con punto sombra, entre bayetas y puntillas, ~~mitones y pespuntes~~ iban los primeros besos, entre mitones y pespuntes las hermosas palabras, en fragilidades de organdí se deshilvanaban las promesas, mientras caía sin remedio un nunca te olvidaré de brocatel, (Ver dónde conviene poner los 3 golpecitos → los 3 golpecitos en la pared.)

Los dulces días de las vísperas, la hora precisa de la primera cita, aquel rubor y la reconciliación de los enojos, se deshacían en el aire entre un desprendimiento de alforzas y corchetes. Y Ure corría tras el viento recogiendo pañuelos junto a besos perdidos, manteletas de punto junto a caricias que no fueron.

Aterradas ~~por la visión~~, vieron salir el día de la boda y alcanzaron a oír el sollozo de Enebé, ahogado por el golpe de la ventana al cerrarse. Iba a caer cuando el viento, recogiéndolo en un remolino, lo elevó. Vieron al ~~Al llamar~~ de viento ~~vieron~~ desplegar su ruedo, penetrarlo hasta el camerín, inflar sus mangas abullonadas, como si fuese la propia Enebé habitando su vestido. Deformado por una multiplicación óptica de lágrimas veían alzarse el vestido de boda, rozando nubes bajas y papalotes rojos iba el vestido de Enebé, hasta que el remolino, enfurecido, le quitó sus formas, las mangas se confundieron con el ruedo, lo que fue camisa ya era un guiñapo, basuras los encajes, ~~ya~~ hilachas las puntillas, desgarraduras los bordados. Convertido en un papel arrollado se lo llevaba el viento.

26-8-86

Piano y enlazador tomados

Cuando las gemelas y DeCe abandonaron la casa, la madreselva ~~se apropió del~~ tomó el piano. A las dos guías iniciales se sumaron otras, codiciosas, y recorriendo cuerda por cuerda el entramado, tejiendo con avaricia vegetal, convirtieron el arpa del instrumento en una especie de tapiz. Gracias al descuido de las gemelas que lo dejaron abierto, la madreselva encontró el sitio más hermoso para ~~trepar~~ seguir creciendo. Tras saturar el arpa, las guías salieron por la boca del instrumento, se enredaron en la varilla que sostenía la cola, y después de envolverla florecieron convirtiendo al meteorotomo en un tiesto de lujo. Con las flores llegaron las abejas, y era tal la abundancia de polen que ~~caía sobre~~ el teclado quedó cubierto de su polvo amarillo. Las abejas zumbaban dentro de la caja sonora del instrumento. El zumbido, por multiplicación acústica, parecía el quejido del piano, ~~ahogándose~~ sofocado por esas sogas vivas que lo apretaban. El viento había traído semillas voladoras, y no era difícil que en la primavera próxima el instrumento tuviese su propia madreselva o cualquier otra enredadera del azar, las cuerdas son un entramado demasiado tentador para las trepadoras. No era difícil que con el tiempo ~~la galería se convirtiera~~ las enredaderas tomaran también el cántaro y el timbal de jotazetas o regalarlo transformando en una selva impenetrable; convirtiendo en realidad la leyenda inventada por los maestros, los muleros abriéndose paso entre las lianas ~~para rescatar~~ en procura para rescatar del corazón de aquella selva oscura un piano luminoso, ~~para~~ y ocultar allí por fin la canción del gallo blanco.

Lo cual no sucedió gracias a DeCe, que un día fue a mirar la casa y descubrió lo que con el piano estaba haciendo aquella madreselva cruel. Cómo se descuidaron así, les dijo a las ~~gemelas~~ Margaritas; ahora habrá que optar: o el piano, o la madreselva. Las gemelas se miraron; cada una creía que lo había cerrado la otra.

Avisaron a los demás músicos y fueron juntos a ver el espectáculo. Hay que dejarlo como está, opinaron; es una pura delicia. No vamos a sacrificar una madreselva viva por ~~un piano. Que~~ ese instrumento. Ni cortarle uno solo de sus brazos. Ya se secará sola. Que

daño pueden hacerle unas flores inocentes. ~~a un piano~~ Consulten a Jotazeta de todos modos, él es el dueño del piano.

Lo que sí podemos hacer, dijo el único berimbau del grupo, es evitarle más enfrentamientos cortando la soga ~~el hilo~~ del toldo, y torcer aquellas guías para otro lado. Las guías que montaba, correspondientes a la madreselva de la tercera columna, habían alcanzado el techo y desdeñando el entramado de alambres que tenían a su alcance se acercaban a la soga ~~el hilo del toldo~~ y apuntaban hacia el piano, como mirándolo. Parecen plantas carnívoras, comentó ~~un flauta~~ el berimbau.

El arpista mayor, en el camino hacia la casa de Jotazeta ~~de regreso~~, tarareó un tema que acababa de ocurrírsele. Piénsenlo en arpa, dijo, y si les gusta háganle las variaciones que quieran, ~~y~~ con versiones para los demás instrumentos. Lo titularon "Madreselva tocando un meteorófano" y se puso tan de moda que la gente dejó de cantar las canciones de Tuy que hablaban del viaje del cantor, permitiendo que Emebé se distrajera de los enojos ~~que~~ provocados por la misteriosa Azul, que a la distancia estaba enamorando a Eme. 27-8-86

Jotazeta no quiere recibirlos. Ni a ustedes ni a nadie, les dijo Emebé. Y les manda decir que hay que sacrificar la madreselva, que ese piano es lo más importante que hubo jamás en Lunas Altas; que ese piano, fíjense lo que dijo, vale más que todos los músicos y todos los enlazadores juntos. Es que Jotazeta está muy mal, y con él casi todos los enlazadores. ¿No han visto que en todas las casas están cerradas puertas y ventanas? Jotazeta no quiere ver la luz. Se encierra a llorar en el altillo y además habla solo. Jotazeta quiere morirse, sollozó Emebé. Le he oído decir que ni él ni los demás enlazadores tendrían fuerzas para emigrar o resistir cuando cuando acaben el camino y aparezcan por aquí los dueños de la cordillera; apenas, ha dicho, puedo soportar que existan; verlos aquí sería intolerable. Le he oído decir hasta el cansancio que Eme nunca más volverá a Lunas Altas; hasta el cansancio, que lo mejor será seguir las huellas de aquel puma blanco que se le escapó. Y la creciente está al llegar, sollozaba Emebé.

Las tristezas que normalmente se repiten en el transcurso de una vida les llegó a los enlazadores de una sola vez y colectivamente.

Nunca se había visto en Minas Altas un pesimismo semejante, verdaderamente vergonzoso, como comentó el astrónomo que Embé consultó a ver si podía hacerle el horóscopo de su padre. No de horóscopos no entiendo, dijo el astrónomo, pero su padre es saturniano y bueno, no parece un planeta favorable que digamos. Y mientras discutían si Jotazeta había arrastrado a los demás enlazadores a esa lamentable situación anímica, o fueron ellos lo que, atacados colectivamente por la calamidad de la tristeza, indujeron al ex enlazador, la creciente llegó como queriendo arrastrar la cordillera.

~~Minas Altas era un cuerpo compuesto por tres órganos vitales: enlazadores, músicos y astrónomos. La destrucción de cualquiera de ellos podía ser la de los demás. La crisis de tristeza de los enlazadores había estremecido al pueblo, y ~~la posibilidad~~ p'el temor de Embé de que se arrojasen a la creciente estaba flotando en el aire de tormenta que envolvió aquella tarde sombría a Minas Altas.~~

Los astrónomos descendieron ~~un kilómetro~~, casi hasta el barrio de los músicos, para enterarse rápidamente de lo que sucediera, pero sin ver a los enlazadores; si aquello se consumaba, y ellos lo verían, posiblemente nunca más podrían mirar el cielo con los ojos limpios, sería como si hubiera manchas de sangre en los cristales de sus rudimentarios telescopios; entonces renunciarían a mirar el cielo, abandonarían Minas Altas y emprenderían el éxodo hacia el mar o hacia cualquier parte. Total ya no tendrían donde estar.

La creciente estaba llegando a su máxima potencia, y en el sector de los enlazadores ~~era~~ el silencio de vida espeluznante, puertas y ventanas cerradas y solamente el ruido de las aguas arrastrando piedras y troncos, raíces retorcidas, árboles arrancados enteros, animales hinchados. Pasó un baúl arrancado a Minas Altas; parecían instrumentos de labranza, ~~[illegible]~~, pasó el relicario de un viejo, pasó la puerta que daba acceso al Púlpito de los Astrónomos, pasó un sismógrafo. Ningún enlazador se asomó a ~~para~~ rescatar aquellas prendas, ni siquiera a mirarlas. Detrás de siete puertas se escondían ~~[illegible]~~ llorando últimos ~~deseos~~. Agregar aquí el parlamento rescatable del monólogo de J.Z.

ojo: usar el tono, procediendo por enumeración, de Uve cuando se despide de J.

28-8-86

Los músicos, escalonados a la orilla del río desde las proximidades de la casa de Jotazeta hasta la galería de las madreselvas, transmitieron, como los chasquis, las lamentaciones de Jotazeta al arpista mayor, que junto al cántaro blanco consolaba a Eusebé diciéndole que no pasaría nada. Si había en el mundo un lugar donde el suicidio era imposible, era ~~Alta~~ Minas Altas. Recordaba una crisis parecida, donde tampoco pasó nada. Son gente muy especial estos enlazadores! No saben estar tristes de a poco. Se entristecen de golpe una sola ~~vez~~ vez en la vida, y bueno, la fiebre es alta. Influencias astrológicas que ellos mismos se buscan, como si las estuvieran esperando. Salvando a Jotazeta salvaremos a los otros, que lo siguen por solidaridad. Será fácil, hijita. Se trata solamente de enlazar a un enlazador. Y como no tenemos lazos ni sabríamos usarlos, vamos a enlazarlo musicalmente con la música.

El increíble lazo del arpista mayor

En murmullos, moviendo a los músicos apostados como una onda acuática, llegó la noticia de que Jotazeta había abandonado la casa y se dirigía pulcramente a la orilla de la correntada.

—¡Jotazeta! ¡Vamos a tirar tu sueño al agua! —gritó el arpista a través de una bocina.

Mientras ~~los músicos~~ De Ce y otros músicos jóvenes arrastraban el artefacto hacia la orilla, Jotazeta recibía doblemente el mensaje del arpista: por la vía clara y potente de la bocina, donde el tono resolutivo, aplastante, era casi el hecho mismo, llegando ~~y llegó~~ casi en el momento de ser enunciado, y por el oleaje de los músicos en hilera, que llegó después y como un eco se ~~lo~~ le acercó ~~acercaron~~ al ~~los~~ oído.

A pesar de ser experiencia de navegación, y sin un piloto como él que lo guiara, el cascarón-timbal se torció para siempre en el borde pedregoso y fue a caer de boca en el tumulto de agua helada, desarreglos de barros arrastrados y raíces arrancadas, las tres patitas hacia arriba tiritando, sus botones armoniosos borrados por los líquenes.

Jotazeta vio acercarse su sueño boyante y recordó el día en que la aparición se demoró en el aire dándole tiempo a que él la copia-

28-8-82

ra con carbonilla, movió un poco los músculos tensos de su cara y vio reflejarse en el agua la sonrisa más triste de este mundo. Los sueños no se enlazan, pensó contradiciendo una evidencia. El sueño se demoró todo lo que pudo, ~~al alcance de su lazo~~ frente al enlazador. Una corriente en círculo lo mantenía ~~[illegible]~~ fluctuante al alcance de su lazo, dándole tiempo a que tomara otra vez la carbonilla como aquella vez. Se movía junto a un vórtice como pidiéndole por favor que lo rescatara. La sonrisa de Potazeta tiritaba en el agua, ~~que~~ cuya naturaleza era incapaz de arrastrarla, al menos mientras el enlazador permaneciese allá arriba. Como si de golpe recordase su primitiva condición de sueño, el timbal-canoa-cascarón pasó, sin borrarla, ~~[illegible]~~ sobre la sonrisa tristísima de Potazeta ~~[illegible]~~; se perdió en la corriente; ~~y~~ cayó en la cascada sin un solo estrépito.

El oleaje a contracorriente del murmullo transmitido por los músicos, dando cuenta de la caída del timbal y de la sonrisa que se borraba, conmovió al arpista y llenó las manos de Enelé de crispaciones.

—¡Potazeta! —salió la voz del arpista por la bocina y por la cadena de instrumentistas apostados—. ¡Escucha bien, enlazador! ¡Ahora vamos a tirar tu piano al agua!

Potazeta recibió límpido el mensaje traído por la bocina, que ~~[illegible]~~ sacudió su corazón; y ~~[illegible]~~ se quedó esperando, como indefenso, el golpe de eco de las palabras que venían recorriendo músicos, pero no llegaban, demoradas por un encuentro de mensajes que perturbó a los músicos. Hacia ~~[illegible]~~ la dirección de Potazeta iban las palabras del arpista, y desde la otra punta venía lenta una noticia triste: dos de los burros aguateros ~~[illegible]~~ estaban pasando, todavía vivos, ante los ojos indiferentes del enlazador, los ojos como salidos, envueltos en raíces y latas iban las criaturas hacia la caída. El choque de mensajes irisó las cabezas de los músicos, como olas crispadas se movían. Y tuvieron que demorar el mensaje de la caída horrible de los aguateros para ~~[illegible]~~ dejar que pasara el ultimátum del arpista, que confirmó a Potazeta aquella cruel determinación. La canción del gallo blanco se quedaría sin estuche, y a la intemperie moriría.

Goteando savia quedaron las ramas ya leñosas de la madreselva cuando las gemelas las separaron del piano a golpe de cuchillo. La parte más hermosa de la planta, su ~~improvisada~~ inusual floración y sus fecturas sencillas se alejaban con el piano, que se iba y se iba convirtiendo a los troncos. madre de la madreselva en una tristeza de invierno junto a una columna fría. Las flores ~~aún~~ y las ramas entramadas en el arpa y la cola, ~~sin saber~~ que se movían ondulantes, sin saber que acababan de morir. Chorreando flores que los músicos pisoteaban, y abejas zumbadoras que huían asustadas, el instrumento que había conocido el mar llegó al borde de la creciente. } Mientras el cántaro blanco, solo en medio de un vacío de madreselvas, empezaba a envejecer sin poder recordar que por reflejos entrecruzados alguna vez se pareció a un instrumento musical.

— Enlazadores — gritó el arpista sin tonalidad en la voz, con una estudiada indiferencia fría —, ahí va lo que nunca va a tener el gallo blanco.

— Pobre piano, qué final más espantoso — dijeron los músicos enfilados al oír el chasquido del meteorífano cayendo en la creciente. Y al pasar hacia potazeta las palabras del arpista, las fueron cargando todavía de más frialdad e indiferencia, de modo que a los oídos del enlazador el ~~murmullo~~ informe llegó en forma de risa desdeñosa.

(30). 30-8-86

La carcajada de los músicos sacudió la morosidad ~~enquilosada~~ enquistada de la tristeza del enlazador y la aceleró. Turbulenta, espasmódica era ahora su tristeza en movimiento, arrastrando confusiones de padres ignorados, pañuelos sanguinarios, puñaditos de sangre y estrellas inconquistables. El movimiento ~~interno~~ de la tristeza, pasando acelerada, rozaba las paredes interiores de potazeta, sus orillas, como queriendo arrancárselas, produciéndole un dolor humano de ay, no puedo más, como si no pudiese contenerla. Mezclados con raíces arrancadas y piedras de la memoria iban los padres ignorados, los cuchillos de los asesinos, la fugacidad del puma blanco, ~~el regreso~~ lo buscado del cantor, el camino ~~te~~ no hallado de temblueras, la forma esquiva de su puente. — Enlazadores — gritó potazeta y su palabra abrió veinte o treinta puertas canceladas dando paso a los hombres que él había contagiado —; nos hacen responsables de ~~la~~ una pérdida espantosa.

El piano se cerró al caer, y el río, penetrado por un objeto de naturaleza desmesurada, vaciló. Recorrió velozmente sus contornos para envolverlo y llevárselo incorporándolo a su no poderse detener, pero el interior del piano resistía actuando como un objeto de demora. Con una certera actitud de oleaje inclinó el teclado a su favor, con centenares de fisuras por donde podía penetrarlo. Sin embargo las fisuras, taponadas por el polen, mantenían inviolado la oscura virginidad del ámbito, mientras el río vacilaba, distraído por los aromas de la madera que atravesaban los barnices.

El ay no puedo más de Potazeta tuvo que ampliar sus límites cuando la creciente de su tristeza, ensanchándose, le rozó las delicadas entrañas de la infancia, la acumulación entramada de sus recuerdos, su incapacidad para entender el cielo, las vacilaciones de su pulso cuando pasaba arrastrado el puma albino; y la velocidad de su tristeza era ya como un viento en una casa que va quedando vacía.

Por fin el río consiguió meter tres chorros en el interior de aquella caja negra. Pero claro, no estaba vacía. Los apagadores y los martillos ~~la~~ obligaron y al primer chorro a gastar una valiosa parte de su tiempo de río en sus sinuosidades laberínticas. El segundo recorrió las cuerdas, que parecían infinitas, algunas eran dobles y otras estaban triplicadas; el chorro avanzaba lentamente como envuelto en un ay no puedo más. Al último le tocó ~~una eternidad de~~ la multiplicación ~~en las insondables~~ de las interminables relaciones acústicas por la parte interna del contorno. Y ya creían llevárselo, pero les faltaba recorrer todavía el entramado de las madreselvas. El objeto, extendidas sus sinuosidades, se estiraba en una línea que superando la extensión del río iba más lejos que él.

Los músicos apostados en la orilla veían pasar el metrónomo en una ~~tran~~ tranquila navegación, donde el movimiento pertenecía más al instrumento que al río; miren, decían, el piano está arrastrando al río. Sin embargo los último ~~músicos~~ de la hilera lo vieron pasar acelerado, según la ~~cruz~~ creciente iba tomando también las madreselvas, colocándolo en la dirección de Potazeta y, un poco más allá, de la caída; al mismo tiempo que la tristeza acelerada empezaba a terminar y el deseo de vivir recorría al

enlazador con un escalofrío virginal que desplegó su lazo. Jotageta lanzó dos círculos trenzados, que se ajustaron, cruzados, en aquel vientre negro. En el segundo tiempo del lazo, el de la recogida, apareció, libre de polen, la blancura del teclado. Y cuando los demás enlazadores arrojaron los suyos, apenas mantenía los pies en el agua; chorreando, recuperaba la intimidad de su interior oscuro; las cuerdas, libres de madreselvas, se escurrían de un rocío. Apenas lo pude ver; le tiré a un bulto negro, decía Jotageta cada vez que un enlazador, un músico o un astrónomo lo abrazaba diciéndole maestro. Cuando el arpista mayor se acercó tendiéndole ~~su~~ la mano, cambió de fórmula verbal: gracias por enlazarme, le dijo sin emocionarse; ~~la alegría que lo ocupaba le impedía cualquier otro sentimiento~~.

Y era de ver a los enlazadores tirar y recoger, en dos tiempos, amontonando en las orillas puertas y ventanas; baúles y sombreros; corderos y camisas; camas y cajas misteriosas; guanacos y troncos resinosos; y dejando pasar serpientes y epidemias. Hasta que las aguas, serenándose, cambiaron de color. ~~La creciente~~ Ahora eran enteramente un río cadencioso y amarillo, con miles de cabezas de girasoles, apretándose, rozando las orillas, tan densa que los pájaros podían posarse sin hundirse, mientras doscientas Céfiras aparecían en las orillas con unas redes de cazar mariposas gigantes y amontonaban girasoles a secar.

Cuando el río volvió a quedar otra vez oscuro y apenas era un arroyo allá abajo, a lo lejos se vio boyar un punto blanco. Las redes de las Céfiras no alcanzaban e recogerla. Lo ~~recuperó~~ hizo recogió un enlazador. El trapo apenas se desplegó en la recogida. Cayó sobre una piedra, el agua se escurría rápidamente en gotas resbalantes. Lo entreabrieron con un palo, recomponiendo su forma. Es el vestido de Enebé. ~~gritó~~ dijo la costurera.

Capítulo X

1-9-86

El defectuoso adiós del minalteño

Sí; mantener este párrafo donde está.

Acaso convenga poner este párrafo al final de la 2ª gota, y poner aquí algo que ubique la situación

Ayer fue mi último día en El mirador de los vientos. Un tanto aturdido, reviso ahora el manuscrito en la casa de Fábulo, asistido por él. Cada vez que hay dudas, descuelga sus muñecos y desde el teatrillo me las aclara. Me aturde su manera de mirarme y sonreír cuando vacilo; el poder de su memoria; su ya indudable condición de brujo; [el no saber si lo que cuenta es memoria o invención.] Trabajamos muy duro. Estos papeles tienen que llegar al mar antes que zarpe el barco elegido que se los llevará. El mulero encargado de hacerles traspasar la cordillera está impaciente, preparado ya para un viaje que lo tiene excitado. ~~Al otro lado del mar.~~ Como si las palabras que llegaron en aquella Gramática, combinadas arbitrariamente por Fábulo y por mí, [regresasen] volviesen ahora, algo modificadas, a su origen. [[illegible]]

En cuanto un claro de nubes lo permitió, recibí, reiterado, un mensaje de la Céfira. Fue breve y nervioso. Usó palabras, se entiende que de espejos, reservadas solamente para los momentos críticos. "Fábulo te requiere urgente, con el manuscrito". Hubo una vacilación. ~~[illegible]~~ Mientras la luz del espejo temblaba en blanco, sin palabras, esperé algo grave, una nueva aproximación de los asesinos. La frase que llegó después de la pausa no sólo me tranquilizó, era algo más que eso. Decía "te quiero". No era su estilo. Debía estar sucediendo algo importante para que ella utilizara una expresión de la que tantas veces nos habíamos reído.

Sabía de antemano que al recibir ese mensaje debería bajar para no volver. Lo esperaba, además. Concluido el viaje del autor, la historia estaba prácticamente contada. Sólo faltaba un desenlace, si lo había. Acaso algún sermón final del titiritero repitiendo aquello de los cinco siglos que hemos vivido en el olvido, que la historia de Minas Altas es para que aprendan a mirarnos y también para aprender nosotros. Bajar definitivamente significaba volver a ser lo o el que había sido antes de perder la memoria, afrontar mi verdadera identidad. Y me dio mucha tristeza tener que abandonarme para recuperar un otro que ya no me interesaba ser, por olvido.

¿Merecería la pena? Recuperarme era matar la persona que yo sentía que era. No escribir más historias. Fábulo me quitaría las palabras que me dio, una vez cumplido su propósito. Seguramente yo era alguien que le ayudaba a construir sus muñecos, acaso lo acompañaba en sus ~~[illegible]~~ viajes. Ha sido un lujo estar con las palabras, dije; un privilegio. Y ahora lo perderé. Miré la Gramática, el Diccionario, las palabras que me gusta escribir en hojas ~~aparte~~ sueltas para probar la pluma, que ahora me parecían residuos de una escritura terminada. Qué tristeza. No creo que Fábulo sea consciente de estas duras circunstancias. Él es el dueño de los muñecos, de las palabras, de la memoria. Yo, sólo un escribidor. Alguien que traslada palabras ajenas desde la pluma al papel. Lo más probable es que ~~[illegible]~~ antes haya sido un mulero trasladando objetos de la cordillera al mar; y ahora, a los papeles. Volveré a mis mulas y las querré tanto como cuando las palabras me abandonen.

~~Recordé que alguna vez, haciendo~~ planes futuros con la Céfira, le dije que cuando llegara el momento me costaría decirle adiós a la pequeña vida que nació cuando subí al Mirador de los vientos y perdí la memoria. Amaba sus amaneceres, la alegría que me daba mi sombra. Hay una memoria que me divide, le dije, y no sé si estarás al otro lado. Fue ese día que con espejos hicimos entrar los girasoles. Ella me dijo: ~~con cualquiera de las memorias~~, siempre estarás en la ~~[illegible]~~ misma vida. Los dos estamos en una sola vida. La memoria que la divide es un artificio, una ilusión. Y en cualquiera de las dos memorias estaremos juntos, mientras lo deseemos.

La pequeña vida que iba a dejar tenía ~~apenas un año de tiempo~~ poco tiempo real, con la intensidad de la memoria de Fábulo apretada en las quinientas hojas que llevaba escritas; tenía la hermosura de las palabras y de mi existencia nueva, descubiertas casi al mismo tiempo; las palabras, que me enseñaron a amarme y a ver que en el cuerpo de la Céfira también estaba el niño; tenía la aventura que me había permitido ver el mundo desde tan cerca que me sentía integrado a sus misterios.

Además estaban los objetos cotidianos de la pequeña vida, cu-

yas formas, en el momento de la separación, eran la intensidad de lo vivido. Encendí el último fuego; miré las nubes; anoté en las planillas unos vientos finales, que a partir de ahora perdían ~~a su~~ un testigo; retiré y desinflé los globos sintiendo que estaba diciéndole adiós al viento; rellené de papel los zapatos que iba a dejar allí, por si algún otro testigo de vientos me sustituía; cerré los postigos borrando la falda del cerro donde había recibido los mensajes de espejos; borrando el vuelo de los cóndores, el sendero de la vicuña que deshipnoticé, el cielo donde colgaban las estrellas que me daban miedo.

A la luz de las llamas vi bailotear en la bóveda la alegría de mi sombra. Los objetos, apesadumbrados, parecían esconderse para no verme salir. Toqué el candelabro, la mesa, la carpeta donde apoyaba la Gramática. Recordé algunas palabras que aprendí por ser hermosas, y que me sobraban; que nunca pude usar porque ninguna de las ~~[illegible]~~ historias escritas les fue propicia ~~para ellas~~. Resolví no llevarlas conmigo y regalárselas a los objetos que abandonaba.

Le di a la bóveda, más por sus sonidos que por sus significados, dos palabritas que esperaron inútilmente, a pesar de mis promesas, entrar en el manuscrito aunque fuese de refilón: tiquismiquis y guatambú. Tres entregué a la leña ~~del hogar~~ que guardaba: lapislázuli, moroporán, chisgarabís. Al tintero le tocaron mburucuyá, curcutear y chirulé. A la mesa le regalé un par de ayuyuyes y petiribí para que lo usase como su sinónimo; con el tiempo podría ser su nombre verdadero; mucho mejor que mesa, que es pobre de sonido. Condecoré al candelabro con la palabra curcusí, y como si esto fuera poco le traspasé chiribita todavía. ~~[illegible]~~ A la guitarra, que dejé colgada y con las cuerdas flojas ~~para~~ evitándole tales inútiles tensiones que nadie tocaría, estuve a punto de cederle garrampón; pero ~~[illegible]~~ vi que el sonido de esta palabra no concordaba bien con ella. Y le dejé nada menos que la palabra fídula, que le permitiría viajar hacia sus antepasados más remotos. Chiribitil cuadró perfectamente con el baúl. La recibió como si fuese su propio nombre. De paso aproveché para meter en él, que todo lo admitía, las pocas que me quedaban: chiporro,

marrocoy, zzumbe, batutu y zopilote, yatay y pachulí. ~~Muchas de ellas eran~~ palabras sueltas que Fábulo había traído de sus viajes por el continente, y que me pasó por si algún día me hacían falta. Y acabada o a punto de acabar la historia, no había razones para retenerlas conmigo, prisioneras. También dejé el Diccionario, por si algún arriero, extraviado por las tormentas, recalaba por allí. A él, por supuesto, no iba a regalarle palabras. De tan viejo que era el abuelo, las sabía todas; otras las olvidaba ~~o~~ no las entendía; o no les gustaban simplemente. Lo hojeé buscando ~~rápidamente en~~ la efe y vi que no tenía la palabra fédula. De la triste palabra fideo pasaba directamente a la horrible fiduciario, que más bien parece el nombre de un lugar que despide fetideces ~~malos olores~~, y después o rehúa fiebre. Hice una llamada y al pie de la página, con letra de imprenta, se la estampé ~~fédula~~, para que nada ~~al~~ menos que un instrumento musical separara a los fideos de los malos olores. Lo guardé en el baúl, parecía feliz con su ~~nueva palabra~~ impensada fédula.

Embalé cuidadosamente, como objetos muy frágiles, la Gramática de Nebrija, el manuscrito y los espejos que me dio la Céfira. Las tres cosas contenían palabras a proteger de lluvias o de nieves. No podía arriesgarme a que los azares de un chubasco me borraran el viaje del cantor o el cruce de la cordillera, ni a que se empañaran o dañaran los espejos con los que escribí mis primeras cartas de amor. Y la memoria escrita de Nebrija, con sus cinco siglos de andadura, sus lazos y atramuzes, era un tesoro a proteger.

Con la mula ensillada y la pequeña vida ya vacía, busqué otras acciones que me permitiesen postergar un poco más la despedida. Pero no había nada. No sabía dónde poner las manos; me sobraban, como las palabras que ~~regalé~~ había regalado. ~~Entré y~~ Salí y entré varias veces, asegurándome de que había apagado el fuego, aflojado las cuerdas de la guitarra, de que hubiese leña suficiente para que se calentasen los arrieros perdidos que buscaran refugio en el mirador. Lo único que había allí era una despedida.

En primer lugar, tenía que despedirme de mí mismo. No

deseaba recuperar mi antigua memoria, ni me importaba saber cómo la había perdido, si ~~era~~ por un golpe, ~~por~~ artimañas de Fábulo o por ~~necesario~~ olvido necesario. ~~Quería permanecer en lo que era.~~ Pero sabía que, la recuperase o no, el que fui mientras ponía en palabras la memoria de Fábulo ~~estaba desapareciendo~~ se estaba yendo. Y ~~sin saber su nombre, o su letra, según costumbre minalteña.~~ Acabado el discurso, en cuanto llegara abajo ~~me llamarían por mi nombre~~, me pondrían de golpe en una memoria conocida y a la vez extraña. Me dirían José, o Ele, o Ese, y me sentiría un extranjero. Nunca hice esfuerzos por recuperarme. Amo el que soy. Amo mi cuerpo. Mi voz es algo que me acompaña y me separa de los otros, es mi nombre ~~dándome un nombre aunque no lo tenga~~. Soy el timbre de mi voz. Soy esto que suena, dije en voz alta, y oí mi voz recorriendo la bóveda por donde antes anduvo mi sombra; la bóveda feliz con las palabras sobrantes que acababa de regalarle. Cuando sea el otro que seré, me dije, ¿~~me~~ podré acordarme del que ahora se está yendo? ¿alcanzaré a dedicarle una sonrisa lejana? Y cómo despedirme de mí. Qué palabras regalarme, si ya no las tenía ~~cuando las palabras ya me abandonaban~~.

Por no poder despedirme, puedo precisar que yo era cabalmente de Minas Altas. Ya se sabe que los minalteños nunca nos despedimos, simplemente nos escondemos detrás de las puertas diciendo no te vayas por favor cuando alguien nos abandona. Ahora a mí me abandonaban las palabras, o yo a ellas, no lo sé bien, y no sabía decirles adiós. 3-9-86

Entre la puerta y la pared les dije: ¿Y así van a dejar que me vaya para siempre? ¿No nos veremos nunca más, hijitas? ¿Y seremos como extraños, personas que al encontrarse simplemente se saludan ignorando este goce que hemos tenido juntos durante un breve tiempo de amor? ¿Van a dejarme enmudecer sabiendo cómo es mi tamaño de quererlas? ¿Me van a dejar solo con mi cuerpo mortal y nunca se acordarán de mí desde la eternidad que tienen y merecen? Ninguna de ustedes, a pesar de todo lo que hemos hecho juntos, ocupa mi lugar para nombrarme. No tengo nombre. Llegué a ustedes como olvido. Supuesto que quisieran recordarme, no tendrían la

llave capaz de abrir mi oscuridad. He dado nombres a los vientos, les he dado palabras; pero no tengo una para mí. Hemos estado juntos en un juego, hemos sido el juego, que ahora se deshace, deja un espacio vacío que supongo se llama soledad. Me enamoré de ustedes cuando las vi asomándose, tímidas, en la Gramática que tenía el olor de los mares que acababa de atravesar; la Gramática de don Antonio, seguramente un mulero de palabras. Se asomaban entre las hojas no abiertas del todo mostrándome dulzuras transoceánicas. ¿Se volverán ahora para allá, al roquedal de aquel convento donde las juntaron por primera vez, dejándome solo en esta cordillera? Me da la tristeza de pensar que ustedes, con la complicidad de Fábulo, me han usado para contar una historia que no tiene mucho sentido, que ha sido un juego por el único deleite de combinar memoria con palabra, y que cumplido el rito amoroso los amantes se separan, cada uno vuelve a su sitio. Pero en el medio estoy yo, el escribidor. ¿Me van a dejar solo? La historia de Fábulo se termina, ustedes se van. Me dejarán la pluma de recuerdo y un papel en blanco sobre el que no hay nada que escribir. Ay, hermanas, qué dolorosa despedida, aunque no sepa despedirme.

La Céfira ingresa en el manuscrito

3-9-86

Según una leyenda oída a Fábulo, que hace mucho representó para mí con sus muñecos ~~para darme~~ dándome su versión fantasiosa sobre la pérdida de mis ~~memorias~~ recuerdos, en el cruce de senderos que hay apenas se sale de El Mirador se puede optar entre la recuperación o la pérdida. El cruce existe, aunque el de la recuperación, peligrosamente paralelo al sendero donde se extravió la vicuña, está casi borrado.

Hipnotizado por las palabras, y en general por todo lo que viene de Fábulo, me detuve en el cruce como quien juega a ser y no ser; por supuesto no creía en la leyenda, acaso inventada por el propio Fábulo ~~pero~~ como si no fuese de él. Pero el juego

400 folios

era tentador, yo estaba muy emocionado por la despedida y me dejé llevar por pensamientos.

Él de la pérdida era el camino conocido, utilizado cada vez que bajé a Minas Altas, rutina de la mula. Y no recordaba haber subido por el otro. Si tomaba el de la recuperación, en el trayecto me convertiría en el otro que fui en una vida olvidada, según bajara vendrían los recuerdos, iría olvidando las historias que escribí, abandonando para siempre las palabras; llegaría abajo un mulero como 1, acaso yo era 1, mi perro se adelantaría reconociendo mi intenso olor a sur, entregaría el manuscrito, de cuyo contenido ya no tendría la menor idea, descansaría un par de días y luego prepararía un nuevo viaje al mar, acaso para llevar el manuscrito. Y quiénes me esperarían abajo cuando llegara. Se habrían borrado todos. Eve Vega y la Céfira, ¿quiénes son esas personas? ¿Y Fábulo? ¿Seguiría existiendo? ¿Cuánto tiempo habría pasado desde mi subida? ¿Fábulo? ¿Quién es Fábulo?, me diría un fantástico desconocido. Y nadie podría darme ninguna referencia de la Céfira. Porque acaso tampoco existiera Minas Altas. Bajaría por un camino que no llevaba a ningún lado, con un manuscrito que nadie me había pedido. que no correspondía a ninguna realidad: todo se debía a un encantamiento de palabras, a un juego solitario que me propuse mareado por la altura, donde mis bajadas a Minas Altas eran también pura invención; sin la referencia de Fábulo, yo era el único habitante del Mirador; inventé el manuscrito para no estar solo, Minas Altas era un hecho de mi imaginación, el viaje me llevaría a las salinas, en el desierto andaría preguntando por un un pueblo ~~inexistente~~ que nadie conocía, ~~acaso me~~ inventado por mí debido a los males de la altura. Acaso ni siquiera el Mirador existiese. En ese caso descubriría, tomando el camino de la recuperación, que yo era uno de esos habitantes sometidos de las grandes ciudades, un hombrecito, ~~solitario~~ un preso que soñando la libertad se inventó todo esto escribiendo solitariamente y ahora estaba por ponerle punto final a sus historias y a sus sueños. Hablaría a los demás de la realidad diferen-

me pasan espejos de la Céfira. Los
descifré: viaje urgente, y tras
la pausa me te quiero.

te a la que yo pertenecía, y no me creerían, unos médicos ávidos me auscultarían. Pero tengo mi testimonio si eso sucede. Lean el manuscrito, ~~les dije~~; allí está toda la verdad si quieren enterarse, dije.

Pese a las perspectivas obligué a la mula, que quiso resistirse, a tomar el sendero casi borrado. Apenas descendimos unos pasos vimos que estábamos entrando en una atmósfera muy azul. Se me taparon los oídos y oí zumbar insectos. Escuché los llantos de mi infancia y sentí los terrores nocturnos. Quise hablar y me salieron ~~balb~~ balbuceos. Di la vuelta saliendo de esa atmósfera como quien retira un pie del agua. Y tomé el camino de la pérdida~~, que para mí era el de mi propia memoria~~, llevándome algunas de las dudas entrevistas en el de otro ~~la recuperación, en adelante, para mí, el de la desmemoria~~. A la altura del refugio de los arrieros mi pequeña perturbación había desaparecido. Y advertí que me había sucedido exactamente lo que contaba Fábulo en su leyenda. Yo la había repetido ahora, como representándola nuevamente pero con un muñeco vivo.

Eme Vega, como siempre, me estaba esperando a la entrada del pueblo, esta vez acompañado por la Céfira, ~~[illegible]~~. Una Céfira increíble ~~bellísima~~ que parecía querer ir más allá de sus alcances, forzando sus contornos desde adentro con impulsos vivos, plenamente ocupada por ella misma; su periferia no podía contenerla más, extendiendo la tensión de las líneas hasta su máxima belleza; una mezcla de la Céfira que iba bajo la lluvia y la de los girasoles transportados por espejos. Parecía otra con su peinado alto; sin ningún artificio visible, ella misma era en su totalidad su propio ornamento necesario ~~una especie de joya~~, al lado del mismo Eme Vega, tan puesto en su figura, sirviéndole de contrapunto armonioso. Duraban en el tiempo, como fijados por palabras precisas. Y tanto ellos como el comienzo de Minas Altas, ya visible, y lo que se extendía más allá, parecían pertenecer al manuscrito, brillaban en una ~~esa~~ especie de luz de existencia de palabras. Me miraban como si ~~esperando que~~ yo fuese otro, esperando sin duda que dijera algo revelador que pusiese fin a la aventura. Seguramente creían en la leyenda del titiritero y que, en mi regreso definitivo, había tomado el camino

de la recuperación.

La Céfira no dejaba de mirarme a la espera de que yo dijese algo. Su clara apariencia de ficción viviante me perturbaba. Ene Vega aligeró y soltó la mi mula ~~que me había traído~~. Montamos en tres caballitos nuevos, jóvenes y nerviosos, que vi como escoltas de nuestro manuscrito. No sé qué palabras esperaría de mí la Céfira. Las que yo le dije fueron: gracias por esas palabras que agregaste al mensaje. La defraudé, se desencantaba. Un par de brillos adicionales se le apagó por los ojos, sin que por esto dejara de parecer, a los niños, una ~~enorme~~ fantástica criatura de palabras.

(¿La vi entrar en el manuscrito? ¿Vi que ella pertenecía a las criaturas del manuscrito?)

Fábulo recorre su memoria, ~~sólo halla un girasol~~

Ascendiendo por el fondo del río, imaginaba cómo se nos vería ~~a los tres~~ desde arriba, en esos caballos recién salidos de un ~~como recién pintados en un~~ cuadro, solemnizados por la preciosa carga ~~de palabras~~ que llevaban. ~~Era como estar llevando el sueño de jotazeta por la cordillera;~~ el sueño de Fábulo Vega ~~atravesando~~ atravesando Minas Altas.

Íbamos en silencio, contagiados por la fuerte presencia de lo que ~~llevábamos~~ transportábamos. Como si estuviésemos mirando entre asombros el manuscrito abierto, que llevaba envuelto en telas y cartones en la bolsa que colgaba ~~a mis es~~ de mi hombro. ~~Lo que los muñecos de Fábulo hicieron en una vida iba dentro de la bolsa convertido en palabras.~~ Aunque no corría una gota de viento, yo apretaba la bolsa contra mi cuerpo, tranquilizado por la presencia casi adulta de Ene Vega y la Céfira en mis flancos.

La seriedad casi gramatical de los caballos ~~escoltas del manuscrito~~, se alteró con el ruido lejano de ~~una~~ de esas explosiones, que llegó como eco de trueno. Los sismógrafos, dijo Ene Vega, indican que traen un rumbo equivocado. Si siguen así, saldrán al otro lado de aquel cerro. Además, cada vez que derriban un obstáculo se les viene encima media cordillera, y ya no saben dónde poner escombros. Pero avanzan, claro. La fauna de Minas Altas es cada día más rica, hay que ver la cantidad de animales que llegan aquí escapándole a ~~huyendo de~~ los ruidos.

4. 9. 86

La atracción de Fábulo era evidente, pero debilitado por el peso del manuscrito. Le costaba atraer ~~esa~~ la carga. ~~que era la~~ de su memoria. En la bolsa de palabras iba la historia de todos nosotros, la infancia del pueblo, nuestro ~~tiempo~~ pasado más hermoso. Ahora Minas Altas estaba en el tiempo, que le permitiría trasladarse libremente en el espacio cada vez que la destruyeran. Si había que emigrar, en el sitio que consiguiéramos clavaríamos ~~nuestr~~ la verdad de nuestro pasado como quien construye la primera casa. Y por tenerlo, finalmente tendrían que aceptarnos y permitir nuestro asentamiento en un lugar definitivo. Yo había visto nacer gota a gota ese pasado en los movimientos de los muñecos, en los gemidos de Fábulo dentro del tinglado extrayéndolo laboriosamente de su memoria, y lo había puesto en las palabras que llevaba apretadas dentro de la bolsa. ~~Y~~ Y bueno, ~~me~~ sentía como un orgullo, un placer muy fuerte; me sentía hermoso ascendiendo en la mitad de la mañana hacia la casa de Fábulo sobre un caballo nuevo, escoltado por dos amores que, por ~~haber ingresado~~ recién ingresar en el manuscrito, parecían dobles, recién salidos a la luz, donde se demoraban, de la misma manera en que se demoraban los caballos, que aún con la atracción de Fábulo, debido al peso de su memoria hecha palabras, en vez de desligarse ascendían por ~~su~~ el propio esfuerzo.

Me acordé del ascenso del piano por la cordillera, de la importancia que le daba Tau, hablando con I, a ese objeto que venía del otro lado del mar; y ahora era casi lo mismo. Llevábamos una carga que traíamos del otro lado de la memoria, en una bolsa de palabras. Las explosiones oídas eran los tiros de los gendarmes; Ene Vega, el mulero; la Céfira, el astrónomo; y yo el grumete. Con lo que los tres andábamos juntos por el manuscrito que íbamos a devolver a Fábulo.

¿Escuchan?, dije. La Céfira apartó el mechón de cabellos que le cubría una oreja rosada por el fresco del aire alto. Ahora sí, dijo al rato. Los músicos, todavía invisibles, estaban tocando una pieza ~~música~~ le ~~repechar~~, cuartear, sumando sonidos a la atracción de Fábulo, ahora sí los caballos parecían desligarse. Qué bien se viaja con música,

dijo soltando su medrón, y ya eran visibles los músicos asomándose tras las piedras, precedidos por los bultos armoniosos de sus instrumentos.

Íbamos por debajo de lo que fue superficie de la creciente. Aquí mismo, pensé, por encima de nuestras cabezas cayó el ~~metronófono~~ piano desprendido de las madreselvas. ¿Vivirían todavía las gemelas y De Cé? ¿La memoria de Fábulo era reciente o todo eso estaba ~~en~~ lejano en el pasado, ¿~~en el tiempo más hermoso~~? En cuanto los sobrepasamos, los músicos cambiaron el tema de cuarteo por uno de repechar; ahora subíamos empujados por sonidos. Aparecían ya las ~~c~~ primeras casas de los astrónomos, cada una con su torre y su pequeño telescopio casero, y al fondo la galería de la casa del astrónomo viudo, que nos espiaba detrás de una columna, los ojos golosos por el manuscrito.

Cuando el viejo me preguntó si sabía quién era yo y le dije que no, que tampoco me importaba saberlo, volvió a envolverme en su mirada oscura. Para llegar al girasol original que yo reconocía como mi primer recuerdo, tuvo que ahondar mucho dentro de mí. Entre el girasol aquel y el momento que ~~est~~ vivíamos estaba todo ~~m~~ el manuscrito, de modo que escarbando y ~~ahondando~~ profundizando era mi propia memoria lo que ~~estaba reconociendo~~ recorría, salvo los ~~de~~ sucesos de mi pequeña vida personal, las dudas que tuve y mis amores con la Céfira. Cuando llegó al girasol, que me pareció ver reflejado en sus ojos incisivos, dijo es increíble, ~~lo de la leyenda es absolutamente~~ cierto, ni yo mismo podría deshipnotizarlo.

Desembaló el manuscrito y ~~t~~ se tomó un buen tiempo mirándolo antes de ponerle una mano encima, como había hecho yo con la Gramática. Lo entreabrió con timidez, lo olió, seguramente algunas palabras ~~que saltaron hac~~ que sólo él podía oír saltaron hacia ~~él~~ Fábulo. Con esto, dijo, le devolvemos al gramático español las palabras que nos prestó, corregidas por el manuscrito. ~~Son las memorias de un olvido, dijo.~~ Abría las hojas, las miraba sin leer, apoyaba las palmas acariciando las palabras. Memoria de un olvido, dijo.

La leyenda del ~~la memoria y la desmemoria~~ cruce de caminos, me dijo, que no es ~~una~~ artimaña como usted ha pensado seguramente, ~~sino que~~ existe desde siempre; y dice también que el que elige ~~no recuperar-~~ la pérdida

~~la, o sea el escribidor,~~ como es ~~en~~ su caso, poco a poco va retomando a ella, con ayuda de los demás, y que es peligroso decírselo, tendría que volver sola, como se fue. Aquí la Céfira y Eva Vega se ocuparán de ~~usted~~ ~~su caso~~ recuperársela. Ahora, por favor, présteme un poco su atención. La historia no ha terminado todavía, y el velero que la llevará al otro lado del mar sale dentro de unos días.

Desapareció en el interior de su mínimo teatro, el telón se descorría, sonó una armónica, y un muñeco presentador cuya cabeza se parecía a la de Fábulo anunció el inminente regreso del cantor montado en ~~su~~ un caballo de tres hierbas.

Me costaba concentrarme; a un lado tenía a Eva Vega como transfigurado; al otro, la proximidad de la Céfira ~~e~~ era muy fuerte, con esos ojos de luz inquieta ~~nueva~~, con ese cuerpo como multiplicándose.

El rojo y el azul forman violeta

La noche que los astrónomos ~~de Minas Altas~~ pudieron ver por última vez el cometa que Tan le regaló al velero, precedió al día del regreso del cantor. El prodigioso regalo se despidió de Minas Altas volando paralelo con su río, iluminó hasta la última mica de las piedras reflejándose en ellas, le dio a la arena unos alcances de tornasol que nunca nadie jamás olvidaría. Los animales que allí se refugiaban huyendo de la dinamita multiplicaron ~~en sus ojos en asombro~~ atónitos los desprendimientos ~~la~~ lumínicos de aquella cabellera, fijándolos ~~como~~ en sus ojos como si éstos fueran trozos de minerales asombrados. Esa misma noche alumbraron tres corzuelas, y los recién nacidos, viendo la estrella que pasaba, creyeron que así sería siempre el mundo. El caballito de tres hierbas estaba ya muy próximo a Minas Altas cuando las ancianas, ~~des~~ desempolvadas para ir a dormir, abrieron los cofres donde guardaban sus reliquias para que recibieran un poco de esa luz navegante, que recorrió delantales y retratos amarillos, sortijas y mechones de cabellos, alentándolos hacia esperas infinitas. Los escarabajos, desenterrándose, se bañaban en esa luz que mezclaba sus colores, mientras los cóndores miraban de frente el regalo

que en el día de su cumpleaños le hizo a él la sexta luna de Saturno. Los astrónomos se prestaban los telescopios para alargarlos y captar así los pasos del cometa por sus últimos confines, amontonando datos que les ayudarían a explicarse la conducta del mundo donde estaba incluida Minas Altas, centro de sus desvelos. La noche que precedió al regreso de Emir Calderón los músicos pasaron de la escala ~~pentatónica~~ pentáfona a la ~~diatónica~~ dodecafónica sin saberlo, y el piano, restituido a la galería de las gemelas, recibió unos reflejos que aliviaron las heridas aún abiertas que le habían hecho las madreselvas. El cántaro de barro, ~~alcanzado por el cometa, bajo el~~ alcanzado por los reflejos, fue enteramente un instrumento musical, y así lo dejó el cometa vestido para siempre, con una maravillosa caja acústica mitad agua, mitad sombra. Emebé y Jotageta, sin saber que el cantor ya divisaba desde lejos las luces de la oruga que era Minas Altas, aún empalidecidas por las del cometa paralelo, olvidándose de sus falsas toses de salón, lo veían ~~perderse en el rumbo que tomó el puma albino~~ convertirse en el único puente posible aunque no cruzase el río de través, y desaparecer en los rumbos que tomó el puma albino.

ver en M. Moliner si es al o de

Los minaltenses habían dormido todo el día para poder aguantar toda la noche sin perderse detalles de la despedida del cometa; y ahora que amanecía, no sabían si dormir o seguir despiertos. Todos contaban a todos los hechos que todos conocían, como cuando florecieron por primera vez los girasoles.

Jotageta aprovechó ese amanecer para dar por concluida su convalecencia; encontró ridícula su tos, abrió todas las ventanas ~~y pasándose las manos po~~ y tocándose la cara ~~sintió~~ dio por imaginadas sus erupciones sarampionosas. Le pidió a Emebé que en cuanto se despertaran los astrónomos, que llevaban meses sin dormir bien, fuese a pedirles otra vez esos libros que hablaban de Copérnico, ya que el cometa le había aclarado muchas cosas. Para empezar, ya no ~~tenía~~ tendría que pensar más en el puente, había podido ver su forma más perfecta. Un puente que él, debía confesárselo, había relacionado muchas veces con su complicado vestido de bodas, al que también que-

ría darle forma por no confiar demasiado en las habilidades ni en la imaginación de Uve. Un vestido que francamente no le gustó cuando lo vio terminado; ahora era el momento, aprovechando que el viento y la creciente casi lo habían deshecho, para llamar a Uve y decirle que lo rehiciera dándole la forma del cometa. Como podía ver, todo concordaba. Incluso, dijo en el momento en que despuntaba el sol enrojeciéndole la punta del dedo que tenía levantado, mientras Intruso aceleraba el paso olfateando la que iba a ser su cuarta hierba, incluso me ha arreglado, este cometa, ese asunto que tenía con aquel puma albino; los dos se han ido por el mismo rumbo; y si el cometa vuelve, por qué no ha de poder volver el puma; si andan trenzados en la misma órbita y tienen además el mismo pelo.

A Emebé le parecieron absurdas las asociaciones de su padre, y para entender mejor el entramado propuesto lo despojó de puma y puente dejando sólo~~mente~~ el vestido asociado al cometa; le gustaba la idea de un traje de novia como el que acababa de ver pasando por el cielo, apuntado por los telescopios y rodeado por millones de azahares.

Arrepentida de haber arrojado el noviazgo y el ajuar por la ventana, veía pasearse ~~as~~ torpemente a su padre, entontecido, atropellando las sillas y las mesas donde Uve habría vuelto a colgar las prendas rescatadas; sábanas con el embozo raído, manteles agujereados con sus festones descosidos, saltos de cama sin puntillas, corsés sin hebillitas, el vestido hecho un puro llanto; el polisón, que unos arrieros rescataron casi en los límites con las Salinas, atravesado por espinas y aguijones de insectos, desorbitados sus alambres y olfateado por los pumas.

Sí, las prendas habían vuelto, pero, con ese estado ruinoso que tenían, jamás regresaría su noviazgo, ése que antes de la partida de Eme era tan torpe que vivía atravesándose en las puertas y Potazeta se llevaba por delante cada vez que iba de una habitación a otra. Qué tonto está mi padre, decía ahora Emebé, qué tonto con su alegría nueva, sin darse cuenta de que Potazeta

se paseaba de ese modo atropellando sillas y molestando en todas partes para recordarle su noviazgo, y animándola a recuperarlo.

Emebé se tocó la cara hallando que para ella también la convalescencia había terminado, no había huellas de erupciones azulosas. Y estaba a punto de recuperar su noviazgo perdido cuando el enlazador del piano dijo torpemente: estaba pensando que hoy mismo tenemos que decirle a Uve que vuelva a la costura; se ha rescatado casi todo pero falta la cosa azul que trae buena suerte. No quiero absolutamente nada de ese color, dijo Emebé azulándose, ni nada que me lo recuerde. Jotazeta, sonriendo, fue a decirle estas palabras: yo creo que eso de Azul es un poco imaginación de músico, para darle a la pieza cosas que la gente pide; y otro poco de las personas que la escuchan. Le puedo asegurar que Azul no existe. No hay nadie en ninguna parte con un nombre como ése.

El sol que le había enrojecido la punta de los dedos colorea ahora los bordes del sombrero de Jotazeta asomándose a la ventana. Oigo un trote, dijo. Emebé también se asomó: el sol naciente le borró las azularidades, las mezcló con su rojo, y ella, apartando un mechón de cabellos de su oreja violeta, la prolongó con su mano para oír mejor. Por fin, dijo el enlazador: es el trote de Intruso.

6-9-86

La cuarta hierba de Intruso

Aunque Jotagegeta había sido siempre como un padre permanente del cantor, más de cien padres y cerca de doscientas madres que pretendían los mismos derechos esperaban su volver apretujados en las escalinatas que unían cada casa con el fondo del río espasmódico. Sabían que la preciosa carga que traía aquel hijo que por fin regresaba ponía todo en su justo lugar, legitimaba los deseos, abría los espacios del futuro y era como si todos ellos a partir de ahora nacieran verdaderamente. Los pesimistas de más de ochenta años que pasaron su vida pensando que Lumbreras era un sueño colectivo y la canción del gallo blanco un capricho de los músicos, lagrimeaban ahora viendo que su propia historia desconocida se recuperaba junto a la historia del cantor. Ha valido la pena esperar hasta ahora, decían sintiéndose recién nacidos en la mañana limpia, junto al río seco de arenas recién barridas por el paso del cometa. Ahí vuelve nuestro hijo más querido, decían, y todas esas mujeres lo habían parido y todos los hombres engendrado.

El cometa no se les había borrado de los ojos, aunque invisible ~~por la luz del día~~ estaba ahí mismo, yéndose y despidiéndose hasta una próxima vida, cuando vieron aparecer al cantor por una punta del pueblo, ~~bajando al trotecito~~. Se había ido por el Bajo y aparecía ahora por el Alto, como los navegantes que dan la vuelta al mundo. También él había recorrido órbitas desconocidas en espacios muy lejanos y ahora estaba aquí, como un regalo del tiempo a Minas Altas. El niñito que logró salvarse de los insectos y sobrevivió al Sietemesino (que seguramente andaba ahora arrastrándose otra vez en el fondo de los mares), que siendo todavía muy niñín se dejó hallar por la música que todo andaba buscando, que por estar todavía dentro del cuerpo de su madre en forma de placer recién brotado pudo escapar al filo de un cuchillo y vivió después entre los filos de las melodías, el que a los veinte años desenterró en Lumbreras ~~para Minas Altas~~, la memoria más antigua de Minas Altas, bajaba ahora al trotecito en un caballo que al partir iba dormido.

Las diferencias anímicas y manuales entre enlazadores, músicos y astrónomos estaban dadas, en la arquitectura de Minas Altas, por los terrenos baldíos que separaban los tres grupos de casas, simétricas en ambas márgenes del río, que los músicos llamaban distancias tonales, rozando la ironía. A medida que el Cantor bajaba rumbo a la casa de Jotazeta, observado desde arriba por los astrónomos como objeto espacial y desde abajo por los enlazadores como un bulto que trae la creciente, para los músicos aquellos intervalos se borraban, recorridos por un sonido, como si Intruso resbalase por una cuerda que sonaba sin saltearse un solo espacio; de tal modo que al no haber más distancias entre ellos los astrónomos en adelante podrían enlazar sus constelaciones, los enlazadores ~~medir~~ calcular sus tiros de lazo por órbitas precisas, los músicos tocar planetas como si fueren calabazas encordadas. Y todo eso era posible porque Ene Calderón en su memoria y en sus dedos y en sus cuerdas vocales venía trayendo la canción del gallo blanco. 7-9-86

El cerro de tierras verdes, recorrido poco antes de llegar a Minas Altas por un sinuoso camino de guanacos como dibujado, le recordó a Intruso el prado de verdes más intensos donde Jotazeta lo crió; y el recuerdo se hacía más intenso según se aproximaba, por lo que no podía dejar de ~~inclinar~~ torcer su cabeza hacia la derecha, contra los tirones de rienda del cantor, procurando trepar por cualquier escalinata que lo llevara al encuentro con su cuarta tierra. El equilibrio entre los impulsos del caballo y la voluntad del cantor transmitida por la rienda, mantenía a Intruso lejos del centro de la calle, rozando casi los bordes pedregosos, mientras ~~el jinete~~ Ene tendía hacia el centro y final de la bajada preparando sus ojos para el momento deseado del encuentro visual con Jotazeta y Enebé, que no era posible todavía debido a la curva de la oreja.

Ene Calderón metió una mano en la alforja y palpó la cajita de música, ~~que~~ cuya existencia borraba la distancia o intervalo que había entre Minas Altas y Lumbreras. Recordó la blancura limpia de los huesos de su padre, el botón restituido a la camisa, y

se sintió puesto en el tiempo, ocupando el tiempo que el cuchillo del Sietemesino le restó a su hermano, como si se lo rescatase. Un par de versos de la canción del gallo blanco le permitía, milagrosamente, rememorar el momento en que lo engendraron. Soy hijo de un placer que le permitió a mi padre no sentir que los cuchillos entraban en su cuerpo, pensó. Por eso los huesos eran tan hermosos; porque murieron casi en el momento del amor, recorridos por un ~~[illegible]~~ espasmo que parecía demorado en la blancura amontonada junto a la ropa en el fondo de la tumba. Tengo un padre maravilloso hecho de placer puro, se dijo Eme haciendo un esfuerzo de deseo para que aquel placer remoto que estaba en el extremo ~~más~~ inicial de su vida se le convirtiese en la fuente profunda donde buscar impulso cada vez que usase su voz para cantar. Cuando el pensamiento se inclinó buscando un equilibrio en el lado de la madre cierta y desconocida, recordó su proyección en la pared de la casa del fotógrafo, un chorro de cabellos, que él ~~trasladó~~ había trasladado mentalmente a la pared abovedada de la tumba aprovechando el rayo de sol dirigido que entraba por el boquete. Aquella madre, ~~era la duda~~ surgida de un azar fotográfico, era la duda. Su retrato amarillearía doblemente, colgado en la pared: con duda y tiempo. Su no correspondencia con la real, de todos modos, le restaba algo por lo menos al largo tiempo del olvido. Y estaban además esas doscientas madres que lo veían pasar, prestándole existencia real a la fotografía de aquella madre de pechos salpicados. (Hoja) Y el equilibrio fue perfecto cuando se le ocurrió pensar que la madre retratada acaso anduvo mucho tiempo buscando inútilmente un hijo que le quitaron en Lumbreras, y ahora lo tenía. 8-9-86

No había terminado el cantor de abrazar a Emeté y a Fotozeta, ni de pensar que había vuelto, ni de echar una mirada morosa a Minas Altas; no había terminado de mirar el ajuar que Une y Ene rescataron del viento, ni de reírse de las preguntas de Emeté sobre Azul; ni de mostrarles la cajita de música ni de trasladar a los papeles la canción del gallo blanco; ni de permitir que Intruso se fuese por fin a tomar los primeros morrales de su cuarta hierba, ni de mostrar los retratos de los padres que le prestó el fotógrafo, ni de acordarse del centzontli o de su amigo Tuy, ni de ver cómo la gente abando-

iraba las escalinatas y se encerraba a descansar de la despedida del cometa y de su regreso inesperado, cuando llegaron los músicos diciendo que ya tenían todo preparado para guardar la canción del gallo blanco en la memoria musical prevista. ~~No entiendo cómo,~~ dijo ~~Enebé; ninguno sabe aquí tocar ese instrumento.~~

En el trayecto hasta la casa de Do Ca, el cantor le pasó al arpista mayor los datos musicales y verbales de la versión definitiva, ante los estremecimientos emotivos del enlazador y su hija y la aparente frialdad profesional de los músicos que arremolinados y arrebolados alrededor de Eme Calderón absorbían con avaricia cada una de las notas y sílaba por sílaba sus contenidos palabrísticos, seguidos por un titiritero que ~~bajó~~ había bajado del Alto para registrar en su ya agobiada memoria el final de la aventura.

Con destornilladores y tenazas los músicos habían despanzurrado el piano para extraerle el arpa, montada ya sobre unas tablas junto al ~~cán-~~ ins- ~~trumento gemelo~~ ~~taro~~. Los contenidos del instrumento, desparramados por la galería con unos papelitos identificatorios que permitiesen luego su recomposición. La tapa con la cola, posada sobre el cántaro, era tristísima en sí misma, como un ala cortada; aunque vista como complemento del recipiente se integraba en un nuevo todo musical. La caja del piano era como la boca abierta y desdentada del viejo ondulatorio cuando los asesinos intentaron extraerle los versos ~~hasta~~ de la canción hasta entonces conocidos; como el viejo ondulatorio se parecía ahora a un caballo marino; y las gemelas, asomadas a su interior casi vacío, eran avispas zumbadoras.

Cuando los enlazadores apostados en los alrededores de Ruinas Altas, conectados con los chasquis, aseguraron que no había oído humano en el área afectada por el alcance de los sonidos, y que el cazador de cóndores que podía delatarlos andaba vendiendo sus plumas al otro lado de las Salinas, el arpista mayor, ante el silencio profundo de la cordillera, le pasó a las cuerdas vírgenes del arpa la canción del gallo blanco.

Grabada la última nota, todo lo viviente en el cuerpo de la gigantesca oruga dejó pasar todavía un largo espacio de silencio, que actuaba como la primera envoltura, en paños delicados, de la pieza musical. Con manos de ~~tomar~~ sostener a un recién nacido colocaron

el arpa, ya dormida, en el interior de la caja. Consultando los papelitos y hablando en voz muy baja reinstalaron las piezas desarmadas, atornillaron la tapa y la cerraron, y aunque ya se podía hablar nadie decía una palabra. Había muchos intersticios entre la tapa y la caja, y centenares entre las teclas. ~~Entonces las gemelas corrieron a buscar las colmenas~~. Ningún sonido o ruido externo debía perturbar el silencioso entrelazamiento de la canción con las cuerdas, ni mucho menos escaparse nada desde adentro. Entonces las gemelas trajeron el producto del saqueo que ~~habían~~ *acababan de hacer en ~~las colmenases~~ a las colmenas. Con cera virgen lo sellaron sin olvidarse del hueco de los pedales, con cera virgen clausuraron el teclado que nadie en Minas Altas era capaz de usar. Lo cubrieron con el toldo como si fuese un mosquitero y apoyando ~~en la~~ los oídos en la tapa creían oír la tranquila respiración de un niño que dormía el sueño más profundo en la noche más oscura y tranquila. Guardada en esa memoria, la canción del gallo blanco quedaba protegida del olvido o las violencias. Una copia de trabajo quedaría en el piano que ellos mismos habían hecho, sin contar las que había ya en la memoria de cada músico de Minas Altas ni las que Tuy y sus amigos andarían desparramando entre los músicos de los cuatro vientos.

Ahora sí, dijo el arpista mayor orientando hacia el piano las guías nacientes de las madreselvas para que acabaran de esconderlo; ahora sí pueden tejerle una selva alrededor.

Al otro lado del girasol primero

En Minas Altas siempre hemos pensado, dijo Fábulo Vega saliendo del teatrillo con una gemela en cada mano, que el recuerdo, como sustancia, es limitado. Hay una cantidad exacta en el mundo, que ni aumenta ni se renueva, y no alcanza para todos. Esto hace posible la existencia del olvido, que abunda y está en todas partes; es como el aire y se confunde o se mezcla con el tiempo. Por eso resolvimos encerrar la canción en esa caja, metida en la memoria de un arpa. El gallo blanco es el corazón de Minas Altas, y allí adentro seguirá latiendo, pase lo que pase con nosotros. El tiempo le

dará vueltas y vueltas procurando penetrarla por cualquier resquicio, pero siempre estarán allí esas ceras vírgenes impidiéndoselo y obligándolo a girar y girar inútilmente. Allí Minas Altas permanecerá como muerta, hasta que sea posible despertarla en un tiempo de amor y de justicia. Con esto pongo fin a mi discurso y doy por terminado el manuscrito. Si usted, que tuvo la paciencia de escribirlo, quiere agregar algo, puede hacerlo. Sólo necesitaré de usted un par de días paras las correcciones ~~que veamos~~ creamos necesarias. Después podrá casarse con la Céfira, si ése sigue siendo su deseo; ella le ayudará a ir recuperando poco a poco su memoria. Un cuento cada noche, dijo sonriendo desde el catre donde se echó a descansar, como en esas historias orientales.

La cortina de la puerta que daba a la galería, ~~del mismo color~~ de la misma tela que la del telón del teatrillo, se corrió dando paso a un hombre muy alto y de sombrero que decía permiso con ~~el mismo~~ tono ~~del como si dijera préstame un poco su atención del~~ de un muñeco anunciador. Sólo que su sombrero rozaba el dintel y además estaba vivo. Las cuarteaduras de su cara fina y larga eran como las huellas de los dedos de Fábulo en las caras del papel machacado de sus muñecos. ~~Venía desde el aire viviente pero parecía salir del manuscrito como un ente de palabras.~~ Seguramente, me dije, el modelo del que se valió ~~sirvió~~ Fábulo para modelar y dar una referencia viva a él. Saludó a todos y viendo que yo no lo reconocía me tendió la ~~su~~ mano diciéndome soy el mulero que ~~trajo el pi-~~ va a llevar el manuscrito al otro lado de la cordillera.

Se sentó en el catre a discutir con Fábulo detalles de la travesía. Quería viajar solo, así era más fácil ~~de~~ pasar inadvertido, y Fábulo insistía en llevar por lo menos un hombre más de escolta, ya que esos papeles no ~~pueden~~ deben correr el menor riesgo. Ene Vega y la Céfira se sumaron al diálogo hablando de un mundo paralelo ~~realidad~~ del que yo estaba excluido; sus acciones me parecieron la intrusión de otra realidad en el escrito; como si lo violaran. Vi en los ojos de Fábulo un brillo diferente, una mirada oscura en los de la Céfira, una distancia en los de Ene Vega. Estaban allí como acabados de salir del manuscrito, y era como si en vez de aparecer desaparecieran. Yo los miraba y los oía, veía los movimientos de

sus manos, pero ellos ~~habl~~ estaban hablando y gesticulando en otro mundo. ~~y pronto se me acabarían las palabras, se terminarían los recuerdos, sería un puro olvido, absorbido por la memoria de Minas Altas; el punto final del manuscrito; un simple escribidor cuya verdadera naturaleza~~ ~~era~~ ~~es una ilusión hipnótica,~~ ~~no~~ ~~un juego de palabras que después se desvanecen.~~

~~Tuve miedo de mí~~. En qué juego me habría metido Fábulo, en qué ficción de titiritero. Sería verdad o mentira que yo había sido otro y él me había desmemoriado, o que por golpe o efecto de leyenda o ~~encantamiento~~ confusión de palabras o trastornos de la altura la perdí cuando llegué al Mirador. ~~Y por qué no me lo decían~~. O yo era un muñeco más y, como parte del encantamiento, ~~era~~ incapaz de pensar por mí mismo, mis acciones sólo podían existir a través de los dedos de Fábulo en el entorno de su teatro. Y qué hacía fuera del manuscrito. Miré el teatrillo, a ver si Fábulo o alguien estaba representando lo que yo sentía. El telón estaba cerrado, oscurecía, nadie atinaba a encender las lámparas. Y en la penumbra, estábamos todos dentro de un teatrillo, las cortinas de la puerta daban a una galería llena de público, pronto se descorrerían y empezaría la función, una mano ~~[illegible]~~ de Fábulo me recorrería el cuerpo, y rellenándolo metería un índice muy frío en mi cabeza hueca y con voz fingida diría por favor, préstenme un poco su atención, la historia va a acabar.

Ante la dudosa realidad, la referencia del manuscrito aparecía como única verdad posible. Tal como había podido hacerlo Eme Calderón, remontaría mi pasado hasta encontrar mi propia tumba de tiro, mi propia caja de música, mis propios huesos blancos, aunque tuviera que llegar hasta Lumbreras, que era como la tumba de todos nosotros. Como si yo mismo fuera Fábulo escrutándome hasta el fondo, retrocedí escarbando entre mi muy poblada memoria, revisé zona por zona el manuscrito buscando alguna traza, me detuve en los días iniciales, el asombro ante las palabras y mi cuerpo junto al fuego, el momento preciso en que llegué al Mirador de los Vientos, hasta que di-

Esto da pie para poner al final aquello de la duda de si todo no ha sido una función de títeres

visé en lo último el girasol original, a cuyo lado estaba como tembloroso de tanta lejanía el cuerpo de la Céfira. Ese era mi primer recuerdo nuevo, allí había terminado mi memoria antigua, y allí tenía que golpear, era la puerta para salir del teatro y de la farsa. Borrar, borrar, dije mirando el girasol, confiando en el poder de las palabras, de la misma manera que decía cóndor a los cóndores para ayudarles a volar. En la casa de Fábulo alguien encendía las lámparas, se oía un cuchicheo lejanísimo, como si los que allí estaban volviesen suavemente al interior del manuscrito, mientras yo daba golpes cada vez más certeros en la muralla de ese girasol incrustado en mi cerebro. Pero la puerta que yo intentaba golpear estaba abierta y lo único que había al otro lado era la primera mirada oscura de Fábulo Vega, a pesar de sus ojos claros, ~~bajo el ala de su sombrero~~, como en letargo prenatal.

¿Te pasa algo?, oí la voz de la Céfira más o menos cerca de mí. Desde más lejos llegó la ~~voz~~ de Fábulo: no le digan nada, cualquier ayuda [en este momento] puede producirle un efecto contrario. Déjenlo que recupere solo su memoria. Ha trabajado mucho y ya es hora que descanse. Oí salir a [illegible] y despedirse en la galería. Hablaban muy bajo, para no despertarme, creyendo que dormía. Entendí que se iban todos a la casa de Ene Vega. Intuí el perfil de la Céfira cuando se inclinó para bajar la luz de la lámpara. Oí sus pasos en la galería, los sentí perderse cuesta abajo. Me quedaba solo en la casa llena de muñecos, en la memoria desnuda de Brujas Altas, [más dura que la de las estrellas.] Le decía adiós al girasol y emprendía el largo camino de regreso, en ~~cualquier~~ algún punto de su recorrido me dormía.

Opta Nº 7

10-9-86

Se equivoca, dijo Ele Te

En Minas Altas hay tres maneras distintas de casarse, según el sector al que pertenezca la novia. En el ritual de los enlazadores, el novio, con los ojos vendados, debe enlazarla con un cordón de seda, orientándose por los sonidos que le envían los músicos. Como el lazo apenas tiene peso, la tarea es difícil. Por esa razón se pasan la mitad del noviazgo practicando, y a veces fallan y hay que darlos por casados. La novia baila fingiendo que rehúye los tiros de lazo, pero en realidad los está buscando. El doble juego va construyendo las figuras de la danza. Estas figuras son el centro o núcleo de la fiesta; reconstruirlas verbalmente, un juego que dura hasta la próxima boda. Cuando la novia ha sido enlazada, la boda se consuma; el acto de enlazarla sustituye a las palabras de consagración usadas antiguamente. El novio se entera de la consumación porque en el acto la música cambia de ritmo; ~~se quita la venda y ya es marido~~ dando paso a melodías humorísticas que minimizan o ridiculizan al novio para que ella sea más hermosa todavía, y entonces él se quita la venda como viéndola por primera vez.

Los casamientos de los astrónomos son más auditivos que visuales. Se casan de noche, a cielo abierto. El día, es decir, la noche de la boda, suspenden su rigor científico y atontándose colectivamente para estar a tono con el novio se convierten en astrólogos medievales. La boda consiste en larguísimas esperas de conjunciones astrales o posiciones de los planetas, que favorezcan el horóscopo de los novios, ya que consideran la boda un nacimiento. La espera es la fiesta, sostenida por la música nocturna ejecutada con instrumentos prehispánicos con formas de animales: ranas melodiosas, lentísimos jaguares, aves de la noche. Cuando los astros alcanzan las posiciones elegidas, el astrónomo y la astrónoma se besan; el beso dura hasta que la posición se modifica; con lo cual ya están casados. Y empieza entonces la música humorística, sin salirse de los esquemas de la música nocturna, hasta que amanece y ya es posible ver el traje de la novia astrónoma, enteramente azul profundo, salpicado de lentejuelas que empiezan a brillar, sus cabellos salpicados de rocío,

el ridículo bonete del novio medieval, su capa de murciélago.

Mi boda con la Céfira debía realizarse según el ritual de los enlazadores, pero los músicos, clave de los tres ritos, movieron todos la cabeza al mismo tiempo en un no orquestal. ¡ quiero las razones aducidas. Contaban con media palabra de los autónomos, y aunque les costaba expresarse verbalmente lograron que ~~convencer~~ a los enlazadores ~~dores, que~~ (según sus ritos) les transfirieron nuestra boda, inmediatamente convertida en una obra musical cuya forma externa o pretexto argumental era el casamiento.

12-9-86

A la operación que sufría se le unió un aturdimiento de novio; decía cosas tontas cada vez que abría la boca, mis movimientos eran torpes, mi comportamiento incoherente. Me costaba poner en palabras las correcciones que introducía Fábulo en el manuscrito y no reconocía a ninguno de los que subían a saludarme y felicitarme por la boda que ya anunciaban los músicos con su trompetería; horribles caras extrañas hablándome familiarmente, refiriéndose a hechos para mí desconocidos que estaban al otro lado del girasol limitativo. Parezco un idiota, ¿no?, le dije a Fábulo. Usted no se preocupe, aconsejó el viejo, que mientras más tonto se es cuando uno va a casarse las cosas parecen más hermosas. Y para colmo a cada rato veía la figura alta del mulero cruzando el río con sus animales, trajinando; me saludaba desde lejos alzando su enorme mano; ¡ escapado del manuscrito ~~que hacía + escapado del manuscrito~~, mezclando tiempos y violando espacios. Toda Minas Altas estaba al otro lado del girasol, tras la puerta que yo no podía pasar, y tenía que mirarla desde afuera, desde lejos, la boda en la que yo tenía que participar estaba sucediendo en otra parte, donde i, cada vez que se cruzaba, a ratos era una verdad tangible, a ratos una ilusión provocada por las palabras; como si yo lo enfocara mal y lo viera doble, sin poder juntarlos en una sola imagen que a la vez fuera acción y palabra. ~~Era como~~ si lo que él estaba haciendo ocurriera al mismo tiempo al otro lado del girasol que dividía mis mundos.

Y a esto se sumaba la tristeza inevitable de ver que ~~#~~ el manuscrito se acababa; tenía que empezar a decirles adiós para siempre a los personajes con los que había convivido ~~conviví~~ tanto tiempo, mis únicas compañías en las soledades de aquel mirador tan lejos ya, por emi-

ma de las nubes, la bóveda tantas veces recorrida por las sombras de jotazeta o Eusebé, a quienes tuve el privilegio de acceder por generosidad de palabras, que con ellos se iban a su seguro territorio dejándome solo bajo las nubes en la luz real de la mañana minalteña.

La fiesta de mi boda empezó cuando ya había amanecido en el mar —próximo horizontalmente pero lejano por la cordillera— y en Minas Altas, todavía a oscuras, podían verse las crestas de nieve enrojeciéndose allá arriba altísimas, por los senderos donde I caracoleó arrastrando el meteorófono; exactamente cuando los músicos empezaron a tocar la ~~música~~ melodía habitual que saludaba al sol ayudándonos a introducirnos en él y a la vez ayudándolo a él a asomarse y amanecer en Minas Altas. Música ~~habi~~ ritual, claro, con los instrumentos de siempre, pero introduciendo poco a poco ritmos de música de fiesta, ajena al rito, como contándole al sol que iba a suceder una boda, invitándolo a la fiesta. Fábulo se había levantado muy temprano y salido, llevándose el tecrillo. ~~seguramente posiblemente a colaborar en los detalles del acontecimiento~~. Yo estaba solo en su casa, despertándome con esa música y los pequeños ruidos que hacía la gente en sus casas preparándose para asistir al ~~extraordinario~~ concierto. Las bodas de los músicos son enteramente un gran concierto, es cuando mejor tocan y nadie quiere perderse ni la más ínfima de sus notas. En los bordes más elevados aparecieron los caracoles, adornados con tiritas de papel de color que indicaban la dirección del viento. Los hicieron girar embocándolos a todos hacia un mismo punto, y el viento empezó a tocar, sonidos diferentes según el tamaño de los caracoles, y más allá ~~otros~~ instrumentos similares con formas de ~~otros~~ animales de la montaña, que no tocaba nadie, salvo el viento, amansado en sonidos, entrando suavemente en el día de mi boda. ~~con la Céfira~~.

Desde la galería vi que por una ladera bajaba un cazador de cóndores, apareciendo y desapareciendo en las curvas, tras las piedras, como entrando y saliendo de mi manuscrito. Imposible ver si también tenía joroba como el de Fábulo, tapado o envuelto como estaba con las alas y la cabeza ~~colgada~~ colgantes del cóndor encarapentado que llevaba. Los músicos, salvo el viento, dejaron de tocar cuando

lo vieron. Más de veinte compases de silencio suspendiendo ~~el día~~ a la fiesta; se oyó el traqueteo irregular de su mula por los pedregales, hasta que él y sus ruidos desaparecieron en ~~el~~ el bajo, en la choza donde se encerraba a degollar al cóndor, poner a secar su carne, que luego comería, ~~que~~ arrancarle las plumas y emborracharse hasta llorar.

Los músicos aprovecharon los compases de espera para cambiar de tema. El sol ya se había levantado también en Minas Altas y, abandonándolo como objeto de su música, iniciaron la que se usa para descubrir que todo es música: el aire, el agua, los animales del aire y la montaña, los peces ocultos en el [oculto mar]; ligeramente salpicada, aquí y allá, por un tema naciente de frutas y licores, a cargo de instrumentos puramente fiesteros, que ya igualaban en número a los rituales. Y el tema naciente inclinaba a la música para el lado de la fiesta.

Cuatro hombres de a pie se presentaron. Dos de ellos, enlazadores, se quedaron en la casa cuidando el manuscrito. Los otros, un astrónomo y un joven músico, dijeron que me acompañarían a la casa donde yo debía esperar a la novia, y que ya estaban llegando ~~habían empezado a llegar~~ los invitados de otros pueblos. Todo el mundo estaba asomado a los bordes, fuera de sus casas, y se movían lentamente conversando hacia la casa elegida: las viejas empolvadas, los ancianos de dos y tres bastones, los callados muleros, los jóvenes de armoniosas ~~exactas~~ estaturas, los niños tornasolados, los deslumbrantes Céfiras.

Sonó una de esas explosiones, retumbando entre los cerros, haciendo avanzar hacia Minas Altas más bandadas de pájaros y animales que saltan o se arrastran. Esto ya parece un zoológico, dijo el astrónomo. Y el músico: hemos previsto que si hay explosiones formen parte de la fiesta, como si ellos también estuvieran festejando.

Aprovechando la interrupción, los músicos, que tocaban en la casa de la boda, cambiaron de instrumentos y de tema. Preponderaban ahora las arpas, y se trataba de una música pensada para sentirse más hermoso, o para sentirse tan vivo que uno cree que es inmortal, como dijo el joven ~~músico~~ instrumentista. Es una música, explicó, tomada directamente del paisaje, sin elaboración,

y si yo era el cantor, entonces nada se escapaba del manuscrito, y mi boda con la Céfira – Eurídice formaba parte de la historia de niños altas.

tal como es; los músicos apenas tocan, sólo usan los instrumentos para hacerlo audible a los que no saben escucharla directamente.

En el patio de la casa, Fábulo, [dentro de su teatrillo,] ~~[illegible] tras una colcha colgada entre los árboles~~, representaba para los niños una versión humorística del Sietemesino, que en forma de avechucho, desde lo alto de unas ramas, le pedía a su madre, que tejía al pie del árbol, un poco de calor materno. Si es el calor maternal lo que te gusta, ahí va, decía la mujer prendiendo fuego a la rama; [porque hasta su madre odiaba a aquel engendro;] y ardía el Sietemesino, dejando caer ~~solo~~ un cuchillo chamuscado, mientras los viejos soltaban sus bastones para aplaudir y reírse con los niños.

Entramos en la galería, donde las madreselvas, bordeando un piano y un cántaro blanco, se ~~asomaban ya a~~ [introducían ya por] la ventana de una habitación, a las que asomaban sus caras dos muchachas idénticas. A partir de hoy, me dijo el joven músico, usted podrá vivir con su mujer en esta casa.

Tu nombre es De Ce, ¿verdad?, le dije en voz baja, temeroso de estar filtrando hacia afuera, [por mi cuenta y sin autorización de Fábulo,] un elemento del manuscrito. Se equivoca, dijo sonriendo; mi nombre [es] Ele Te.

La danza de las Céfiras

Me resistía a entrar en esa realidad, que me parecía importada. Para mí no había otra que la de los papeles que había escrito, y me parecía más real lo que acababa de representar Fábulo en el patio que lo que estaba sucediendo. Y para colmo contenía elementos, como el mulero y las gemelas, que apropiándose de circunstancias de mi manuscrito lo violaban, copiándolo torpemente. Las coincidencias se agravaron cuando en una especie de palco destinado a los invitados de otros pueblos aparecieron ~~tres~~ [cuatro] hombres, [tres de ellos] de barbita, acompañando a una muchacha muy hermosa vestida de azul ~~[illegible]~~, como una novia astrónoma; los juzgué músicos, aunque no llevaran instrumento. Seguramente Euribé y el cantor estaban en el mismo palco, y todos en la casa, de acuerdo con planes de Fábulo y los músicos, estábamos representando el manuscrito para grabarlo en

en la memoria de ~~todos~~ los pobladores de Minas Altas antes de que el mulero se lo llevase al mar. ~~Además, mis sentimientos estaban confundidos. No sabía si realmente quería casarme con la Céfira, aunque lo deseaba. Miraba a la muchacha de azul y sentía que también podía amar a una ~~otra~~ mujer distinta de la Céfira.~~

¿Le pasa algo, maestro?, me dijo Ele Te. No lo sé, le respondí; la boda ~~parece que~~ está por suceder, me parece que soy el novio y todavía ni siquiera me he vestido. Todo esto me confunde. ~~En cuanto acabe volveré allá arriba, a seguir escribiendo. Lo que sucede aquí, también ha de figurar en nuestra historia.~~ Si usted no se siente vestido, dijo, entonces no ha prestado atención a la música que ha estado sonando hasta ahora. Mire qué hermosos estamos todos, y mírese usted mismo. En el ritual de los músicos, las melodías que acabamos de escuchar, tomadas directamente del paisaje, sustituyen a los adornos y demás disfraces que usan ~~como lo hacen~~ los astrónomos. ~~Es verdad,~~ Me miré, y realmente yo era el más impecable de los novios, y todo el mundo parecía estar vestido de fiesta. Es verdad, le dije; estaba distraído y me olvidé. Estuve por preguntarle por la novia, qué clase de bodas eran ésas; sustituí la pregunta, temiendo decir algo muy tonto, por una rápida ojeada a mi alrededor. Lo único femenino que había allí en la galería eran las gemelas usurpadoras asomadas a la ventana como dos ~~pálidas~~ margaritas, y enfrente, entre otras mujeres, la perturbadora figura de la que representaba el papel de la Azul del manuscrito.

~~Cerca de~~ Unas veinte muchachas adornadas con girasoles entraron en el patio girando sobre sí mismas mientras la voz de un músico anunciaba la Danza de las Céfiras. La música que se ejecutaba no era exclusiva para las bailarinas, ~~que desplegaban su coreografía~~; estaba dirigida a todos, con la intención de que pasara por los cuerpos en busca de otra cosa, dejándolo a uno orientado hacia lo ~~[illegible]~~ buscado, que parecía ser la alegría o el amor, o las dos cosas juntas. Las Céfiras, con su coreografía, contaban que ~~la~~ esa danza era para vencer el obstáculo del cuerpo; y el cuerpo no las dejaba bailar, interpuesto entre ellas y la danza

falta canto

pura. La música chocaba con sus cuerpos, no podía pasar hacia otro rumbo dejándolas en vibración como a las cuerdas, y los cuerpos sufrían saturados de sonidos, cada vez más intensos, sin poder vibrar, languidecían y caían fatigados, hasta que un nuevo ritmo los puso en otro movimiento que llevándolas poco a poco a una pura vibración de cuerda convirtió a las Céfiras amarillas en la danza que danzaban. Y la música que finalmente dejaron pasar nos recorrió a los demás dejándonos en un desequilibrio de temblores, allí todos éramos cuerdas, partitura y ejecutantes, Céfiras y música viajando, vibrando, tocando.

13-9-86

Sigue la misma gota

La danza era la introducción del concierto-boda y la señal para que por fin la novia apareciese. Ahora, anunció un músico, vamos a tocar, ~~y también a cantar~~, una pieza con forma externa de casamiento. En la primera parte contaremos, ~~sólo con sonidos~~, un poco la historia de estos novios. En cualquier compás de la segunda parte, que es consagratoria, los novios quedarán casados, sin saber en qué compás preciso se produjo la consagración, que será un hermoso misterio para siempre. La tercera y última será música de circunstancia, siguiendo el ritmo de la fiesta.

Tras tres golpes de timbal seguidos de un silencio, apareció, en el silencio, la figura de Ene Vega, sin sombrero y casi ceremonioso, llevando de la mano a la Céfira, toda ella en vibración de cuerda pulsada. En un claro homenaje al manuscrito, su vestido, utilizándola a ella como parte de la hechura, imitaba la forma de un cometa, donde el alto peinado era la cabeza del cuerpo celeste, y todo el resto una largo cabellera ondulatoria. Los ancianos astrónomos ortos de vista curvaron sus dedos formando tubos ópticos que cerraban la visual sobre ella, mientras los músicos desarrollaban ~~y los músicos desarrollaron~~ una extraña melodía planetaria al soltarse de Ene Vega. Sin poder liberarse de la música vibratoria incorporada por las bailarinas, que la flanqueaban en hilera, avanzaba hacia mí soportando los máximos alcances de su vibrar de cuerda, de sexta cuerda

de guitarra pulsada a la figueta, ya se sabe, pulsación fuerte-débil alternando el pulgar con el mayor y el índice, de cuyo alternancia surgía el ritmo de su andar, con pequeñas pausas que recordaban fugazmente el movimiento de un ~~caballito de mar~~ caballo marino. En su vibración visualizada, la Céfira ondulaba en unos planos virtuales que aparecían y desaparecían cerrando un centro permanente apenas tembloroso, donde traía su condición de novia, envuelta en su vestido blanco, ~~con~~ un ramo de azahares que escapaban a la ~~vibración~~ ondulación transmitida por los cuerpos ~~[illegible]~~ bailables de las céfiras amarillas convertidas en danza.

La música ambiental, tras los pocos compases planetarios, exaltaba ahora el descoyuntamiento y la belleza del cuerpo, convocaba juegos y secretos, lluvias y girasoles, espacios que intentaban adivinar nuestro noviazgo. Tan sensual, que las viejas empolvadas se arqueaban como ~~gatos~~ flexibles un mimbre y los ancianos, incluidos los ~~de manos~~ de tres bastones, se sentían trepados por un clari~~vidente cosquilleo~~simo y persistente cosquilleo. Con esto las bailarinas por fin dejaron de vibrar, convirtiendo su ~~reposo~~ quietud en un ornamento de la Céfira, que llegó a mí sin temblores, misteriosa como una cuerda en reposo.

Una de las céfiras le alcanzó un paquetito, que la Céfira me puso en un bolsillo. Es mi regalo de bodas, dijo, son unos espejos para que después hagamos entrar en nuestra habitación las madreselvas de la galería.

gota a (penúltima)

14-9-86

El timbre de los caracoles

En el momento de ejecutar la música consagratoria, los músicos advirtieron que no tenían los instrumentos rituales necesarios, esos caracoles marinos dejados en los bordes por la mañana muy temprano para que los soplara el viento, que olvidaron recoger.

Habló un arpista maduro, que parecía coincidir con el arpista mayor del manuscrito: mientras llegan los caracoles, vamos a aprovechar ~~rellenar~~ esta breve interrupción de la boda para presentarles nuestro propio meteorófano. El pequeño concierto trata de cierto regalo que le hicieron a un mulero. La partitura original es para cuatro arpas indias, dos caracoles, dos tubos y acompañamiento obligado de piano o, en este caso, del sustituto que hemos hecho. Como no tenemos los caracoles, las dos voces correspondientes ~~que faltan~~ serán ejecutadas por una de las virtuosas, que tocará en el lado izquierdo de nuestro instrumento, donde están los sonidos ~~voces~~ graves capaces de imitar a las ~~del caracol~~ de los caracoles faltantes. También quisiera presentarles la palabra que desde ahora será la suya, escuchen bien, marimba, que suena por sí misma, casualmente traída hace unas horas por un mulero que llegó del norte más lejano. Y es la primera vez que suena en Minas Altas, tanto el instrumento como la palabra. Es, a la vez, nuestro regalo de bodas. Pensábamos dárselo al final, pero bueno, hemos tenido que alterar el orden por culpa de esos caracoles.

Arrimaron el armatoste, que dejaba oír sus voces alineadas en las calabazas que le colgaban por debajo entrechocándose en el bamboleo. Ante él se ubicaron las gemelas con sus cuatro golpeadores. La de la derecha golpeó sobre una de las tablas-teclas, su la no coincidía exactamente con el de las arpas. Discutieron en voz baja; los arpistas, entre los que estaban Ele Te y el que parecía salido de mi manuscrito, decían que estaba mal afinada la marimba, ligeramente más alta; y las gemelas, que subieran las cuerdas de las arpas, afinar la marimba suponía

quitar o poner cera en todas las calabazas, una tarea que posterga-ría todavía más la boda, y además no quedaba una gota de cera en las colmenas. De mala gana aceptaron arpistas y tubistas, y mientras afinaban trajeron al patio unas grandes mesas con licores del llano y la montaña y frutas de la tierra, que las céfiras ofrecían en primer lugar a los que estaban más alejados del escenario del concierto.

Pequeña "Música de cumpleaños" era el título de la obra, y estaba claro que contaba la aparición del cometa, en las soledades de la cordillera, ante tres mulerítos empequeñecidos; batía el mar a lo lejos ~~cuando~~ cuando el cuerpo celeste rasgaba el celofán del firmamento, los tres hombres tenían miedo, y miedo también había en los ojos de la Céfira como si estuviese viendo aquella enorme serpiente luminosa con cabeza de novia; me apretaba las manos, tengo miedo decía, y el cometa, en sonidos, abarcaba todo el espacio visible desde el mar hasta la cordillera, iluminaba con una blancura intolerable los espacios astronómicos y el pequeñísimo espacio de nuestra boda, las gavelas se ensañaban golpeando en las maderas, los arpistas se transfiguraban con gestos de misterio biológico, los tubistas pertenecían a otro mundo, mientras los astrónomos, pese a sus oídos torpes, escuchaban poseídos, como escudriñando, y las céfiras, poseídas, suspendían inmóviles en el aire frutas y licores, y la gente estaba envuelta en unos asombros de ver que el cometa ito retornaba antes de tiempo, mientras el cometa evocado, a millones y millones de kilómetros junto al sol, parecía alcanzado y tocado por esos sonidos lanzados al espacio desde la insignificante, desde la pequeñísima y olvidada Minas Altas, y los niños minalteños, por sugerencias de la música, alzaban sus cabezas tratando de ubicar en el espacio un gigantesco papalote blanco que sólo existía en los sonidos.

Los primeros sonidos de los caracoles consagratorios contenían todavía algunos restos de los vientos que los soplaron por la mañana. Graves y suaves, a la vez que empezaban a casarnos ayudaban a sacudirse ~~de~~ las tensiones del paso acústico del cometa desequilibrante. Una música ritual en sustitución de las palabras que en la tribu de los Sietemesinos pronunciaban los sacerdotes o los jueces.

de modo que no estaba libre de cierta solemnidad aparatosa. Le propuse a la Céfira que aunque nunca pudiéramos saber qué compás o parte de la música nos dejó casados, eligiéramos por nuestra cuenta lo que más nos gustara (dentro de lo que puede llegar a gustar esa música de rito) para guardarlo de recuerdo.

Eran unos sonidos poco vibrados, ~~como~~ de animales extinguidos evocando una fraternidad zoológica, como zoológico era el entorno provocado por las explosiones, que aunque incorporadas al concierto o a la boda ~~provocaban~~ alentaban el ascenso de ~~una~~ la más fauna, que venía a pedirnos refugio en medio de la fiesta, y hacían temblar levemente el ramo de azahares de la novia ~~todos desde lejos, (Hold)~~, los extremos del velo, su pañuelo de se organdí.

Dejamos pasar casi sin escucharla toda la parte que vinculaba al matrimonio según costumbres ancestrales, con las labores de la tierra, madurez del maíz, florecimiento del girasol, lluvias tempranas, heladas tardías y todas esas cosas de almanaque y de trabajo, ~~según costumbres ancestrales~~; una música que todavía emociona a las ancianas pero aburre a medio mundo; un aburrimiento patente en las caras de los sopladores ~~sp~~ ante una melodía que por ser ritual no puede ser modificada. No había allí ningún fraseo ni simple compás que nos interesara.

Aquí podría haber algo interesante, dijo mi novia cuando empezó la parte del protocolo musical que se refería a que toda unión entre un hombre y una mujer que lo hacen por primera vez inauguran la acción y la incorporan armoniosamente ~~+ sin~~ a la naturaleza como si ~~antes no~~ ésta no la conociera, justamente a nosotros venir a decirnos eso, que la habíamos desequilibrado alegremente cuando el aumento de los girasoles. No, tampoco allí había nada que nos gustara, seguíamos sin poder elegir y a lo mejor ya estábamos casados según la secreta intencionalidad de los soplistas, mientras esa parte de la consagración se diluía en unas retóricas que mencionaban alegrías hogareñas seguidas de un montón de hijitos y de hijitas en los que tanto ella como yo jamás habíamos pensado, ni mucho menos, como ~~sugería el protocolo~~ parecían sugerir los ejecutantes, desear que esos niños fueran sensibles a la música, a favor de ~~una~~ la tradición de su tercio de Minas Altas.

Usando solamente los caracoles de registros más graves, nos

hablaban ahora del misterio de los cuerpos que mutuamente íbamos a poseer; entrar en un cuerpo era hacerlo en un orden planetario, porque los cuerpos contenían la vida pero también la muerte que renueva, seguido de unas espeluznantes referencias a las sangres que se juntan y se mezclan, horrible. No son palabras para novios. Entre los dedos de la Céfira pasó una ráfaga de miedo, ~~acaso~~ creo que también entre los míos. Nosotros sentíamos el cuerpo como un lugar para el placer, alumbrado por girasoles. Y dejamos pasar los sonidos finales sin interesarnos por sus contenidos. No habiendo podido hallar un compás a nuestro gusto, resolvimos elegir como recuerdo el hermoso timbre de los caracoles, ~~desprovistos de~~ sin sus significados.

Como era de suponer, lloraban todos. Y nosotros dos, claro. Con una música como ésa cualquiera llora. Incluidos los caracoleros, que por saberse la partitura de memoria no tenían por qué hacerlo, acaso por eso mismo. Después de apoyar los instrumentos en el suelo se llevaron las manos a la cara, aconsejando, entre lágrima y lágrima, llorar todo de un solo golpe evitando ralentís consternantes, peligrosos para la salud. Alguien intentó cantar buscándole un contrapeso al llanto, pero la voz se le quebró en los primeros compases y lloraba más que nadie. Los invitados del palco, por estar más lejos y a la vez ser de lejos, lloraban discretamente llevándose a los ojos las puntitas elegantes de unos pañuelos apenas desplegados. Salvo la muchacha de azul, que lloraba a caudal por tener las lágrimas muy flojas y muy fáciles.

Por fin los músicos, que fueron los primeros en reponerse, se pusieron a tocar una alegre música de circunstancias que borró enseguida el pesado sonsonete de los caracoles. Ahora actuaban los cantores; en las palabras que decían mencionaban a Tuy, a los barbitas, al caballo de tres hierbas, al centzontle, a Euche arrojando su vestido al viento, como entreabriendo las hojas de nuestro manuscrito, volcando ~~y ponían~~ el pasado en el presente, atendiéndonos más, convirtiéndolo todo en una especie de función que ~~representaba~~ estaba representando Fábula con muñecos ~~vivos~~ vivientes.

Última gota (10)

Confusión de madreselvas

Y bien, contando lo que resta voy a decirle adiós secretamente a las palabras que me prestaron. Cualquiera de ellas, en cualquier momento, podrá ser el adiós formal, de la misma manera que en la música de los caracoles hay un compás desconocido que nos casó. El mulero está al salir, una demora prolongada lo obligaría a enfrentarse allá arriba con una tormenta de vientos peligrosos que los astrónomos han previsto. Y Fábulo, impaciente, ~~se~~ se pasea nervioso por la galería, holds ~~donde ha sacado a ventilar sus muñecos.~~

Consumada la boda, entre el aturdimiento de la música de circunstancias, que se referían a lo que estaba sucediendo, o nobles sucedido y el de los brindis, fui descubriendo que absolutamente todos los que estábamos allí, que yo había considerado como una realidad externa o extraña, que me inducía a rechazarla por no existir en mi memoria de palabras, pertenecían al manuscrito. Como si hubiéramos salido de los papeles escritos y estuviésemos allí para acabar la historia según nuestros propios deseos, ajenos a los ~~caprichos~~ designios de Fábulo o a las tentaciones del escribidor que pudiera modificarlos a su capricho. Y no era que estuviésemos representando el pasado: éramos el pasado y el presente al mismo tiempo. Algunos personajes, como Teny o Azul, estaban con sus nombres verdaderos; otros, cambiados por Fábulo al contar las historias.

El hombre que había visto bajar con un cóndor ensangrentado a las espaldas, apareció sin cóndor; me saludaba casi sin poder levantar la cabeza por el peso de su joroba, se le cayeron unas lágrimas a un suelo que él tenía muy próximo, no sé si lloraba por sus crímenes o por la música que había salido de los caracoles rituales, o por ~~si estaba~~ estar muy viejo; alrededor de su cabeza calva había un círculo de pelos tan blancos como las plumas del cuello de los cóndores.

see zorros, asegurarse

Enseguida llegaron los besos rápidos de unas Céfiras muy tímidas que pasaban ante nosotros como una sucesión de

girasoles; cualquiera de ellas podía ser Emeté, que era mi amor imposible; la novia de la imaginación pasaba ~~paso~~ secretamente y para siempre al olvido en alguna de esas Céfiras sesgantes.

Avanzando decidido entre aquella multitud casi de ficción que yo había visto en los números de Fábulo y después aparecer en las palabras, vi la boca azulada de Eñe, los tironcitos profesionales que dio Uve al vestido de la Céfira ajustándoselo al talle, la mirada de Fábulo enteramente clara, el arpista mayor que consiguió enlazar a Jotazeta. Y músicos y músicos, que por no poder dejar de tocar o de cantar me saludaban con gestos, cualquiera era el cantor que rescató la canción del gallo blanco~~, y~~, ~~como Emeté también se me iba para el lado del olvido.~~

Nunca olvidaré el abrazo de Tuy, que sin decirme nada me dejó unas partituras en el bolsillo, ni de la fácil lágrima de Azul cuando me besó como soplando en la embocadura de su flauta. Y tantos que no tengo tiempo de nombrar y otros que se me olvidan.

En eso vi acercarse la altísima figura del mulero. Bueno, me dijo cuando se lo pregunté, mi nombre no es I exactamente, supongo que es el que me ha puesto Fábulo en su historia. Si a usted le gusta, puede seguir llamándome I, para usted seguiré siéndolo. Sí, yo traje ese piano desde el mar, junto con Eleté y un astrónomo que me regaló un cometa, no me acuerdo del nombre, Juan o algo así o alguna letra del abecedario. Como cuando yo salga usted ya no tendrá acceso al manuscrito, si quiere completar la historia ponga lo que haré; ~~diciendo que~~ salí por uno de los pasos del sur que sólo yo conozco, que no me vieron los gendarmes, y que el manuscrito llegó doce días después sano y salvo a la orilla del mar, donde ya estaba pitando el barco medio invisible entre las brumas. Allí me dejaron subir a un barco por primera vez, mientras mi mula, que puede ser la Mansa si usted quiere, miraba por fin el mar de frente; allí me recibieron unos hombres rubios que hablaban mal mi lengua, y allí les entregué el manuscrito, disimulado entre las planillas de medir los vientos. Ahí dentro del paquete

iban las instrucciones para que los astrónomos del otro lado apartaran las planillas y corriéndose hasta la casa de los tipógrafos se lo entregaran, con un papelito agregado donde Minas Altas agradece las palabras que un tal Antonio de Nebrija nos prestó hace quinientos años, que nos han permitido contar nuestra historia desesperada, y como quien se las devuelve, hilvanadas a nuestro modo, según las instrucciones de Fábulo, que cumpliré ~~fiel~~ fielmente.

~~Los músicos iniciaron, languidecimiento, un tema circunstancial de siesta. Los niños se durmieron, bostezaron los viejos.~~

La música circunstancial desarrollaba ahora un tema de siesta. Se durmieron los niños, bostezaron los viejos. Los músicos, según se salteaban compases por estar durmiéndose, enfundaban sus instrumentos y se iban. Los pocos que seguían tocando incitaban francamente a que se fuera todo el mundo. Al final quedó uno solo, que al quedarse dormido se le cayó el tubo, y se marchó sin recogerlo. El último en salir fue Ene Vega, que nos acompañó hasta el dormitorio, donde nos preguntó si necesitábamos algo y nos abrazó, llamando hijita a la Céfira.

~~Las a~~ Tan bien orientadas estaban las ventanas, que no había necesidad de colgar tantos espejitos para hacer entrar las madreselvas. ~~Teníamos~~ [Había] sol para rato, de modo que tampoco tendríamos que correr la cama alterando o demorando la relojería de los astrónomos, cumpliendo así con los caracoles que recomendaban no alterar la armonía de la naturaleza.

No me entero de nada, dije clavando el primer espejito, que introdujo las madreselvas que envolvían el piano; no sé quién soy, quién fui, estoy en un mareo de palabras. Te contaré una historia cada noche, dijo la Céfira ~~traspasando~~ [trasladando], ~~las madreselvas que habíamos a la otra pared~~ a la tapa de un arcón, ~~colgando otro espejo~~ [con otro espejo], las madreselvas que habíamos entrado. Me gustaría, le dije, ver esas madreselvas del baúl en aquella pared. Para eso, dijo ella, tenemos las de la otra columna, así por lo menos disimulamos ese baúl tan viejo y feo con dibujos de

voy a desvestirme en la otra habitación (pasa la) Desnuda. Luego, dos
3 golpecitos en la pared).

de flores. Y yo: ~~Céfira~~, me desconcierta que Eve Vega te haya llamado hijita. Eve Vega es mi padre, dijo la Céfira sacándose un clavito de la boca; y con esto ya hemos gastado la historia de esta noche. ¿Podrías alcanzarme aquel espejo?

Las madreselvas iban y venían, ~~atontadas~~ ¿confundidas por un atundimiento, recorriendo siempre los mismos sitios. Levanté las almohadas y vi el embozo de las sábanas. ¿Las ha bordado Uve? Yo no sé quién es Uve, dijo la Céfira asustándose; las bordó la costurera, esa misma que nos saludaba. (1) Mi capacidad de razonamiento no podía ir más allá; el susto de la Céfira me detenía. Le pedí que me perdonara. No puedo ~~salir~~ ir más allá del manuscrito, le dije; no sé quién soy ni cuál es mi papel.

¿Para qué preocuparte si siempre has sido el mismo? Fábulo no quiere que te lo digamos, primero porque no habiendo memoria ~~tu~~ ~~ninguna~~ aquello no te diría nada, y segundo porque si tu memoria anterior ha de volver tendrá que hacerlo sola; yo sólo puedo ayudarte recordándote cosas que están al otro lado de tu girasol, como acabo de hacerlo con mi padre; ~~y que no te dice nada~~, pero no te acuerdas de nada, y a mí me da lo mismo porque te quiero en las dos partes, en cualquier lado del girasol me da lo mismo.

Cuando ya no hubo dónde poner más madreselvas de espejos ella dijo: voy a desvestirme en la otra habitación. Es muy de día y me da un poco de vergüenza hacerlo aquí delante tuyo. Todavía me resuena ese asunto tan serio de los caracoles y no puedo ser la Céfira de siempre.

Me eché en la cama, esperándola. El tiempo de la espera era larguísimo, veía cómo las madreselvas ~~virtuales~~ virtuales se desplazaban con el sol. (2) Resolví no preguntar más. A lo mejor yo también era lo virtual de alguien, pero ~~estaba tan~~ más vivo ~~como~~ que las madreselvas que ~~[illegible]~~ * empezababan a desaparecer con la puesta del sol, mientras yo permanecía. Cuando acabaron de borrarse, la Céfira, o Embé, dio tres golpecitos en la pared.

Después

(1) La que me hizo este vestido que yo de rabia tiré por la ventana cuando tuve celos de esa Azul que hoy te miraba tanto, ~~¿no ves que está zurcido en todas partes?~~ ~~que después trajo la creciente~~. ¿no ves cómo [lo dejó la creciente] ~~está~~ zurcido por todas partes? Entonces, le dije, tu nombre verdadero es Eusebé [y el de tu padre jotazeta]. Yo no sé nada de Eusebé, dijo la Céfira transfigurándose, ni tampoco de jotazeta. Supongo que son los nombres que Fábulo nos ha dado en sus historias.

~~Estoy ocupando el lugar del cantor, pensé. Lo he perdido la memoria.~~

(2) Vi que las palabras del manuscrito se convertían en un pueblo, ~~fundada~~, y no sabía si era así o todo lo contrario: un pueblo convertido en palabras. Los indicios que me daba la Céfira (o Eusebé) me llevaban a ocupar el lugar del cantor. A lo mejor era el cantor quien estaba al otro lado oscuro del girasol, y entonces había cambiado la voz por una memoria y ahora todo consistía en cambiar la memoria por una voz. Entonces Fábulo no me lo había ~~contado~~ [dicho] todo. Cuando el cantor regresó de Lumbreras y le contó su viaje, Fábulo [lo] hipnotizó o desmemorió ~~al cantor~~ y lo mandó allá arriba a [escribir las historias] ~~cantar toda la historia~~. En ese caso, dije, hice 2 viajes a Lumbreras, uno en el tiempo y otro en las palabras. Y mi memoria sólo recuerda el último. Como las madreselvas, [de espejos,] que ya abandonaban la tapa del baúl y empezaban a caer siguiendo el paso del sol que se ponía, yo era ahora lo virtual del cantor. Pero las madreselvas se borraban y yo permanecía.

Y no habían acabado de borrarse cuando oí que la Céfira daba tres golpecitos en la pared. ~~Exactamente iguales a los del manuscrito, a los tres golpes de timbal con que iniciaron los músicos la continuación del noviazgo de Eusebé con Eus Caldeirós~~. Eran tres golpes exactamente iguales a los del manuscrito, con las mismas pausas desiguales, con la misma intensidad con que los músicos, al [reconstruir] ~~cantar~~ (contando) nuestro noviazgo, los [reconstruyeron] ~~reprodujeron~~ con tres golpes de ~~timbal~~ timbal.

18-9-86

Capítulo I (MINAS ALTAS)

Intensidades ~~de la altura~~

A más de cinco mil metros de altura, las mulas andinas trepan ~~t~~ salpicando la nieve con las gotas de sangre que se les escapa por la nariz. Mulitas tan livianas y ligeras que parecen nubes. Pero dentro de esas liviandades aparentes su corazón late tan fuerte que los jinetes pueden oír su golpeteo. También las palabras, en ~~este~~ ~~este~~ el refugio cordillerano donde escribo esta historia, habitan una desmesura. ~~Sienten frío; son como criaturas en la nieve.~~ Y llegan a mí de la misma manera que los fuertes latidos de la mula al preocupado oído del mulero.

Latido de palabras parecido al aleteo de los cóndores antes de lanzarse hacia los vértigos de abajo. El cóndor lo usa para abrirle un ~~camino~~ espacio a sus alas y a sus ojos, por ese camino desplegará su vuelo hacia la presa divisada ~~allá abajo~~ ~~abajo~~, invisible a los míos ~~mis~~ ojos, patente a los de él, habituados a ver el sol de frente como una mancha pasajera.

Aparte la historia que tengo que contar, ~~leo~~ observo la dirección y fuerza de los vientos en unos globos colgantes, que anoto diariamente en unas planillas, ~~sin palabras~~, con rayas convencionales. Una vez por mes las bajo ~~al pueblo~~ a Minas Altas, invisible desde aquí. Desde allí mis rayitas cruzan la cordillera a lomo de mula, llegan al mar y recorren los observatorios astronómicos del mundo ayudando a comprender el comportamiento del planeta que habitamos.

Más arriba de este refugio, que llamaré Mirador de los vientos, el cielo es azul para siempre. Las nubes ~~siempre~~ están más abajo. Como los cóndores, tienen su propio alcance. Puedo verlas unir, y volar, y perderse. No tienen aleteo; es mudo su lenguaje de movimientos cambiantes, formas que sólo duran chispas de tiempo. Las he visto tiritar de frío y también deshacerse en lluvias que no nos alcanzan; son algo así como la intensidad que aquí tiene la altura, la que desnuda las palabras y hace sangrar las mulas.

Debajo de las nubes, ~~cóndores~~ están las aves de vuelo corto, que sólo conocen su reverso, ~~y viven de migajas y despojos~~. Para

el cóndor, cuyo vuelo permite la expansión de la cordillera, ~~que es totalmente libre~~, las nubes casi no existen; son el polvo del camino. Y ser el polvo del camino de un cóndor es una parte de la belleza de las nubes vistas desde arriba.

El Mirador de los vientos, sin ser una cueva, es una prolongación habitable de la roca. Circular, de techo abovedado, con un gran ventanal que da a un abismo. Hay un ~~rincón~~ hogar para el fuego, que alimento con unas raíces que son especies de árboles que por no helarse crecen bajo tierra; cuando están vivas asoman ~~apena~~ apenas una pequeña forma que las conecta con la luz. ~~Hay un arcón, sobre mesa~~ El hogar calienta también una especie de establo adyacente donde duerme la mulita que me lleva y me trae. Trabajo sobre una mesa junto al ventanal y por la noche tiendo los jergones en que duermo junto al fuego. Sobre la mesa hay un ~~Di~~ Diccionario y junto al candelabro una Gramática. En el arcón, alimentos, tinta y hojas que amarillean por sus bordes; en la pared, una guitarra. Y las sombras de los objetos, casi permanentemente proyectadas en la bóveda, junto con la mía, por las llamas del hogar.

He venido aquí a poner en palabras las historias existentes en la memoria de un tal Fábulo Vega. Cuando las acabe, unos muleros las llevarán lejos, ~~a~~ a otros países, para que nos conozcan y nos ayuden a sobrevivir. Lo más importante por ahora, dice Fábulo, es ~~salvarse del~~ salir del olvido.

El estudio de ese antiguo tratado del lenguaje ~~esa Gramática~~ me permitió aprender a querer a las palabras, que junto al aleteo de los cóndores son mis únicas compañías aquí arriba. Las escribo viéndolas florecer, tocadas por la desnudez y fragilidad de la altitud. Y las oigo sonar, y son música, como dice mi Gramática.

Cada vez que escribo viento, o cóndor, siento vivir al objeto encerrado en un signo, y además de su sonido percibo ~~también~~ su realidad visual, porque cada palabra es un dibujo diferente. Existen algunas que apenas me atrevo a representar. Nube, por ejemplo, con una palabra tan corta que la nombra. Si le quito la e final, que apenas serena, queda un pobre monosílabo, aquello que sale en una sola herida de la voz según el tratadista, cuan-

do cualquier nube, hasta la más pequeña, está pidiendo un tamborileo de sílabas acústicas, donde cada una, además de su propio sonido, refractase el de la inmediata y aún de las lejanas, dándoles nuevas ondulaciones y capridros rítmicos. Las palabras sacan a las cosas del olvido y las ponen en el tiempo. Sin ellas, las cosas desaparecerían, los cóndores caerían en la mitad de su vuelo. Por eso cada vez que escucho el aleteo con que estas grandes aves inician el camino de su vuelo digo cuidadosamente cóndor, de modo que suenen bien todas sus letras, para que la palabra ayude a sostenerlo, además de sus alas. Así su vuelo parece más seguro.

Los pájaros de abajo, cuando por un azar o porque los lleva el viento traspasan sus límites y penetran en las grandes alturas, dejan de cantar, que es como quedarse sin palabras. Y sin canto, es decir, sin sus palabras, dejan de ser pájaros, son trapos sucios en el vendabal. Es una pena verlos rodar en los capridros del viento, caer entre las rocas donde los devoran las hambrientas hormigas de la montaña. Pájaro, pájaro, les grito viéndolos caer; pero ya no son pájaros, no tienen la palabra y se entregan silenciosos al festín de las hormigas. Si alguna vez el hombre se quedara sin palabras, el mundo entero desaparecería.

Ya dije que de este refugio hacia arriba hay sólo cielo azul. Así como para el cóndor el paisaje que ve desde su vuelo (cerros enormes separados por valles y ríos tumultuosos) es un descanso para su libertad, la existencia de ese espacio de azul infinito es el fundamento de la libertad posible. Cielo como una gran palabra que nos sostiene para no caer. Desde aquí, en días serenísimos, sobre todo cuando las nubes cubren enteramente la visión hacia abajo, uno puede sentir que es específicamente libre, no hay límite posible. La vida no alcanza para usar la libertad ~~en plenitud~~ pero si uno es capaz de presentirla en su plenitud cualquier tramo de vida, por breve que sea, es vibración de libertad.

También están las constelaciones, que irrumpen escandalosamente, se tragan íntegramente la infinitud del azul y no dejan,

en la alta noche, ningún espacio libre de su eclosión lumínica. Aquí las estrellas no brillan: cuelgan volumétricas como frutas a punto de caer. Ponen un cerco a la eternidad apropiándosela ~~la ella~~. Para ellas un cóndor o un hombre no son ni siquiera una sombra. Ante su desnudez, ~~se funde~~ la vida y la muerte carecen de significación. Hoy en día, dice Fábulo, es posible pensar con fundamentos reales en la destrucción de la vida por el hombre. Más que la existencia de armas demenciales y pueblos que han perdido, en su locura, el sentido de la vida, es la presencia de estos monstruos lumínicos lo que soporta esos fundamentos: son la evidencia de que estamos solos ante el crimen, de que nadie podrá ayudarnos si caemos. Todas las noches, para evitar su olvidar su presencia y la de estos pensamientos, y sobre todo el miedo, toco la guitarra. Una pieza que yo mismo compongo, interminable, que avanza cada noche y contiene muchas ~~miles~~ de estrofas donde hablo de las nubes.

A mis espaldas está el mar. El formidable Pacífico, cuyo nombre no alcanza a expresar ni siquiera el impulso de la más pequeña de sus olas. No puedo verlo, por la cordillera, ~~que nos separa~~, pero lo siento. Tengo en mi cuerpo terminales nerviosas sensibles a sus pulsiones, que me conectan con él a pesar de las moles de piedra y nieves que nos separan. Los nervios de mi espalda son como ojos. En las noches sin viento, concentrándome, puedo percibir el último tramo de su crispación, de su aleteo, y siento que mi piel se saliniza. Nombrarlo es un placer total. Como digo cóndor mientras el cóndor vuela, me da alegría decir mar mientras siento que el mar sucede a mis espaldas. Y esta presencia, pese a la distancia, es ~~también~~ un momento de la intensidad de la altura.

19-9-86

Llamarse el timbre de la voz

Cuando salí de Brisas Altas venía muy ligero de memoria. Sólo recordaba la mirada ~~oscura~~ profunda de Fábulo Vaga, apenas su nombre, y su mandato. No tenía nada en qué pensar ni buscar los senderos que conducían al Mirador de los Vientos: la mula conocía el ~~camino~~ trayecto por sí sola. A mitad de camino hay un refugio de piedras, el punto más alto que conocen los arrieros. Allí se enrarece la vegetación y aparecen unas hormigas que caminan enfiladas dentro de unas huellas hechas con sus pasos sobre la roca viva, durante años que hay que contar por miles, de un palmo de ancho y cuatro dedos de hondo. Miles y miles, en movimientos negros y sinuosos por ~~las~~ la extensión de rocas.

Unos quinientos metros más arriba había una franja azulosa que atraía, uno se excitaba ante el deseo, y la certeza, de entrar en un color. Al penetrar en la azulosidad, ahora menos intensa, empecé a sentir una disminución de mi peso, más que montar flotaba sobre una mula. ~~El paisaje árido~~ Los grises del paisaje árido se mostraban como colores, y pude ver desde cerca los grandes ojos húmedos de las vicuñas lejanas que me ~~obser~~ observaban desde distintas cumbres, separadas por valles hondísimos.

Allí descubrí que no tenía orígenes, que existía desde siempre, y el tiempo, entero, estaba en mí hacia adelante y hacia atrás. Esto y el no saber quién era sucedió al mismo tiempo. El no saber mi nombre me provocó una risa nueva. Ni remotamente se me ocurrió que aquello necesitara una explicación. Se abría un gran espacio virgen con un silencio donde daban ganas de poner sonidos. La libertad más pura apareció, o estaba ahí, como un hecho fuerte que me rozaba la piel. ~~Emití un poderoso~~ Solté la voz en una ~~especie~~ de mezcla de grito y de sonido, a ver cómo sonaba en esa libertad, y mi voz llevaba su timbre flotando por encima de los valles y rebotando contra los ventisqueros, era como mi nombre.

Acaricié las crines de la mula, que eran de algas marinas, y después miré hacia arriba: el sol, intacto, dibujado en el cielo por

un pintor de paso, era un perfecto girasol maduro. Me toqué la cara, me sorprendía el tacto con la nariz, los ojos, las solemnidades acústicas de las orejas. Mi pelo tenía texturas mórbidas; florecía. En ningún momento tuve necesidad de saber quién era yo. Me sentía, y eso era más fuerte que saberse. La mula seguía su camino, ~~ya a la altura de lo~~ rozando ya las nubes más altas. Nunca había sido niño, ni adolescente, ni nada relacionado con la edad. Yo era sólo lo de adentro, puro. Dije las primeras palabras, nombrando lo que veía. Como el sol, parecían dibujadas, hechas a mano. Podía tocarlas, y con ellas tocar el color de los sabores, la suma de reposos que hay en un movimiento.

Al llegar al Mirador, la salida hacia Minas Altas estaba borrándose, tendiendo a no haber sucedido nunca. Mi memoria viva empezaba a mitad de camino, en el calor del cuerpo de la mula entre mis piernas, su olor, su traqueteo. Salvo la mirada de Fábulo (dos puntos negros) yo era alguien sin conexión con nadie, como si me hubiera inventado a mí mismo en el camino. Sin parientes, ni infancia, ni lugar de origen. Me ~~veía~~ como reflejado en una pompa de jabón.

Mi cuerpo era nuevo, limpio y como recién nacido. Ante el fuego que encendí sentí mi plenitud, como si ésto fuese un espejo. Cada músculo o vena, ~~cada trozo de piel~~, la curvatura de los huesos recónditos, cada latido impulsando la sangre que llena mis cavidades, tenían esa vibración luminosa que se ve en los campos después de la lluvia. Me desnudé para que el ~~cue~~ fuego hiciera sobre mi cuerpo lo que el sol sobre los campos mojados. Mi cuerpo, pasado por las nubes, había sido llovido, y ante el fuego despedía un aroma de hierbas, apenas me pesaba y sin embargo sentía la potencia de los músculos. No sé quién soy, le dije a las llamas que cambiaban de forma como las nubes, sintiendo que en ese momento existían plenamente la nieve de las cumbres próximas, las llamas en su color, y yo, o sea mi cuerpo acabado de nacer. Lo sentía en un equilibrio urgente entre la fragilidad generadora de las nubes y la voluntad de vuelo de los cóndores.

Descubrí que tenía pensamiento. Sin esfuerzos estaba pensándome a mí mismo como un campo llovido o una hierba, sintiendo a la vez que poder pensar era una delicia y que el destino de todo

desembocaba en la alegría. Las palabras, las nubes, las lluvias, el vuelo, los aromas, la risa y la maravillosa sangre, eran para mí. Sentí que las frutas, en su conjunto, estaban en mí convocadas por mi cuerpo. Y el fuego, en su ardidud (palabra que no figura en mi diccionario), se completó como fuego ante mi cuerpo, se hizo total y solamente fuego; hubo una correspondencia plena entre los dos; él sabía que yo era mi voz de la misma manera que yo sabía que él era el color de sus llamas.

Amanecía, y el primer globo (eólico) que observé bailoteaba en el frío. A la luz de las llamas desparramadas por la bóveda anoté en la planilla mi primera observación sobre la conducta de los vientos. Era una rayita con cuarenta y cinco grados de inclinación. A la que di, durante el trazo, la importancia de una palabra.

Amanecí junto al fuego, brasas de raíces andinas como animales vivos. Mi memoria seguía sin orígenes. Yo era un medidor de vientos en el primer día de su existencia!

Cuando amanece siento la necesidad de prolongar conmigo el día que nace. Suelo lavarme con nieve, con la que el cuerpo se atempera comunicando su adentro con su afuera. Mientras el fuego, que también ha dormido, se reaviva en el hogar calentando mis alimentos, bailo tocando la guitarra, con ritmos que surgen solos al mismo tiempo del cuerpo y ~~de~~ del instrumento. Bailo con la guitarra, y además está mi sombra, la que produce el sol con el consentimiento de mi cuerpo. No sé si hago ~~cada día~~ estas alabanzas al día que nace o a mi sombra, que también nace. Y con esto siento que estoy presente en todo lo que sucede, que formo parte del nuevo día, es decir, del tiempo. Mejor dicho: soy el tiempo, que baila antes de meterse en su giróscopo.

Escritura por goteo

Veo que mi escritura avanza a pasos cortos. Me impusieron este ritmo las primeras palabras que escribí para probarlas y probarme, con jugo de limón en vez de tinta. Como no podía ver lo que estaba escribiendo, lo hacía con mucho cuidado y lentitud. Creía haber escrito un par de páginas, eran apenas unas líneas. Lo hice para ver el ~~movimie~~ nacimiento de las palabras. Acabada la escritura invisible, arrimé el papel al fuego y pude ver cómo ante el calor ~~se~~ se asomaban de a poco, lo mismo que el sudor de los pozos surgentes antes de convertirse en agua acumulada; tenían el color del limón cuando madura.

Escribo con lentitud y precaución, como evitando, cada vez que paso a la siguiente línea, que no se me escape alguna que pudiera estar entre las dos. Me imagino a veces una escritura ya hecha en el papel, y lo que yo escribo va ocupando los espacios que hay entre sus líneas. ~~Y~~ Procuro redondear los conceptos con no más de dos o tres gotas de tinta, y me encanta la idea de estar practicando una escritura por goteo.

Escribir con delectación, para poder leerlo de la misma manera. Cuando advierto un error, no tacho la palabra equivocada. La envuelvo en un círculo de tinta para aislarla: servirá para otra vez. Respeto su existencia. Aunque cada palabra sea una copia idéntica de la misma, que existe infinitamente, no se la debe eliminar si sale a destiempo, porque no es exactamente igual a sus gemelas: es un momento de ellas y contribuye a la ~~existencia~~ mantener la infinitud.

Después está el papel, que es blancura y espacio. Él utiliza el espacio para sostenerse y existir, y la blancura para darse. Al darme la blancura para a formar parte de las palabras, es el silencio donde éstas, que son principalmente sonido, se apoyan después de generarse ~~en~~ en el ánima y salir por el gargavero, como dice mi antigua Gramática. El papel, único lugar donde las palabras pueden ser tocadas; donde, partiendo del sonido invisible, pasan a la región de lo visual, que es táctil, y se aproximan al dibujo, aspiración posible. Sin olvidarse de la tinta, nuevo alrededor del cual se encarnan las palabras al salir de la memoria y del sonido

Eme Vega ocupa su cuerpo

Con las primeras treinta planillas de vientos encerrados salí para Minas Altas. Las rayas que los representaban en la hoja cuadriculada eran mi primer intento de escritura. Para los sabios que las leerían al otro lado del mar, eran palabras. Sus atentos oídos ~~[illegible]~~ podrían percibir en ellas el zumbido de [mis primeros] los treinta vientos.

En la pendiente final hay un breve espacio entre dos cerros (bajos si se los mira desde arriba; desde abajo, desmesura), que permite divisar durante unos instantes la extensión de los llanos violentos y el comienzo de las grandes salinas, un mar afantasmado que de noche, al entrar en contacto con las constelaciones y la luna, vibra entre impulsos de mareas invisibles donde los peces muertos en otras edades, convertidos en polvo de sal por los milenios, reproducen ante la luz lunar el brillo de sus escamas. Cuando uno ~~se prepara para llegar al pueblo~~ está por salir hacia M. Altas, ya está pensando en ese chispazo del paisaje, en esa fugacidad de la extensión, que es la alegría del viaje. Alegría brevísima porque la mula, en plena pendiente y en su propia marcha, jamás se detendría allí. Y la inmensidad apenas entrevista desaparece tras los cerros. Los efectos de la visión duran lo que en la boca alcanza a mantenerse el sabor de una fruta.

Minas Altas, de calle única, tiene la forma de una oruga que trepa, curvándose en su centro. Una oruga amarilla, por estar cada eslabón de su cuerpo separado del otro por un cerco de girasoles. Su calle es muy honda, porque a la vez es río seco o espasmódico, a la espera de las crecientes anuales en tiempo de deshielo, que arrastran troncos y animales, restos de instalaciones de minas abandonadas hace un siglo, piedras de colores con las que ~~con~~ la gente construye o amplía sus viviendas. La cabeza de la oruga ~~[illegible]~~ que trepa ~~[illegible]~~ se empina casi hasta rozar las nubes. Desde allí en pendiente brusca desciende hasta su cola, que se pierde entre unos peñascales con sus casitas de piedra, lata y girasoles. La realidad que me mostraba era la de un sueño que se recuerda.

Uno volvía a lo soñado, y lo soñado era real.

Llegando al pueblo había unas presencias. Eran como sombras que se movían, sin asomarse, en un espacio oculto; en un sueño donde ~~uno~~ no se puede ver pero se oyen los pasos. Al aproximarnos, las sombras ocupaban sus cuerpos y se visibilizaban, aunque no podía reconocerlas ~~sin saber sus nombres~~. Como poniendo boca arriba las cartas de un naipe se me aparecían las personas. Unas figuras hermosas, recién pintadas y sin uso, tan suaves al tacto [roce] que ~~se~~ [se deslizan] resbalaban ~~en las manos~~. Una baraja de cientos de figuras desparramadas a lo largo de los cuatro kilómetros del cauce y de los bordes de la calle honda.

Apenas entré en la calle, una de las figuras se corporizó intentando abrazarme. Sonrió cuando le percibí el cuerpo. Me pidió las planillas, las miró con indiferencia, y [pronunció palabras que no entendí] ~~dijo unas tonterías sin sentido~~. Mis sentidos se concentraron en su voz, no podía captar otra cosa mientras duraba ~~su~~ [un] sonido [ajeno a mis oídos]. Me preguntó si me había olvidado de él; le respondí que no lo conocía. Dijo – mi nombre es Ene Vega. Ahora vamos para arriba. Fábolo lo anda necesitando con alguna urgencia. Y reía. Se reía de mí. Allá abajo, dijo, vivimos los enlazadores; más o menos por el medio están los músicos; y arriba de todo, los astrónomos mineros.

Ene Vega cabalgaba conteniendo su forma recién aparecida, que se apropiaba del espacio a medida que se desplazaba. En cualquier punto del desplazamiento él siempre estaba como acabado de hacer, reluciendo en la mañana limpia con su propia limpieza de vivir. Su sombrero tenía un permanecer, una persistencia de armonía con el aire que ocupaba, una dignidad de objeto pese a su pequeñez ante las moles de la cordillera próxima, que superaba los alcances de un sombrero, seguramente porque ese sombrero era el lugar donde la figura de Ene Vega concluía.

Aun en la sombra que proyectaba, él, que acababa de ser sombra, mantenía con su andar la persistencia de estar vivo. Y mientras yo miraba el permanecer de su sombrero, él hablaba ~~decía~~, decía cosas sobre las planillas de los vientos cuyo significado yo dejaba pasar, atento sólo al sonido de sus palabras, [con lo que Ene Vega estaba cantando sin saberlo.] ~~que también tenían cuerpo, el sonido; él les transfería su manera de atravesar el aire, en vez de hablar ejecutaba sus palabras con un instrumento músico escondido.~~

dormido - túnel
pompa despavorida
como todos los hijos de Fábulo buscándolo
un gato blanco al final.
es obertura de la historia.
luego desaparecerá

Mientras Eva Vega entraba en la casa, yo, sin poder ver otra cosa, la hacía en la mirada ~~oscura~~ de Fábulo. Una mirada oscura, a pesar de sus ojos claros, bajo el ala de su sombrero. Calle larga y honda, y como la de Minas Altas en subida; como por dentro del cuerpo de la oruga, dentro de un tubo negro ~~remont~~ iba remontando la mirada que me ~~[illegible]~~ atraía hacia sus fondos imprevistos ~~desconocidos~~. El afuera, desaparecido, sólo existía en el goteo persistente del cántaro del agua, oído desde muy lejos, por de ~~allá por~~ las curvas y declives de las profundas galerías, con sus paredes repletas de muñecos muertos o dormidos; recorridas por voces ininteligibles, como dichas en diversas lenguas, reverberando en las paredes y repitiendo en mis oídos, borrando el goteo del cántaro lejanísimo. Un túnel habitado por seres de trapo y de papel dotados de ~~con~~ media vida, con ~~instrum~~ hablando y gesticulando como seres verdaderos pero sin poder cortar los hilos que los ligaban a la ilusión; amores y matanzas, una novia ~~mujer~~ de blanco y una mujer ~~otra~~ de azul, unas tumbas de tiro de contenido oculto, pueblos y caballos, tormentas y salinas, nubes de sueño, instrumentos musicales y caballitos ~~cuchillos~~, colgando como las estrellas vistas desde mi refugio; pueblos en ruinas y casas que se derrumban, y al final de un corredor, ~~del pasillo~~, entre instrumentos musicales y cuchillos, la mirada errátil de un enorme gato blanco.